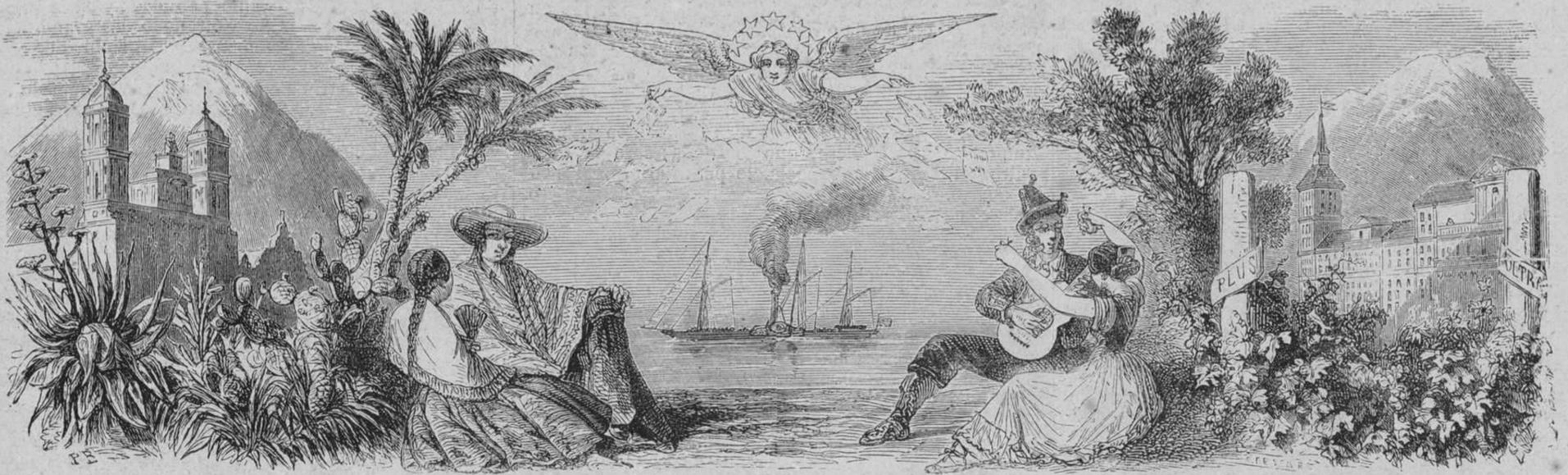


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 21. — N° 497.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Banquete dado en Londres al príncipe Napoleon; grabado. — **Revista española.** — **Los monumentos de Londres;** grabado. — **Vista general del incendio en San Petersburgo;** grabado. — **Revista de Paris.** — **A Boloros.** — **Ferrocarril de Negapatam á Trichinopoly;** grabados. — **El rebaño;** grabado. — **El mérito y la fama.** — **El drama de la condesa Lavalette.** — **Establecimiento de flaturas y tejidos de la viuda Gehin;** grabados. — **Portada de la iglesia de San Clemente en Tours;** grabado. — **España en Londres.** — **La casa de Saïd bajá en Neuilly;** grabado. — **A una violeta.** — **Revista de la moda.** — **Montanelli;** grabado. — **Las carreras de caballos en Fontainebleau;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

Banquete dado en Londres

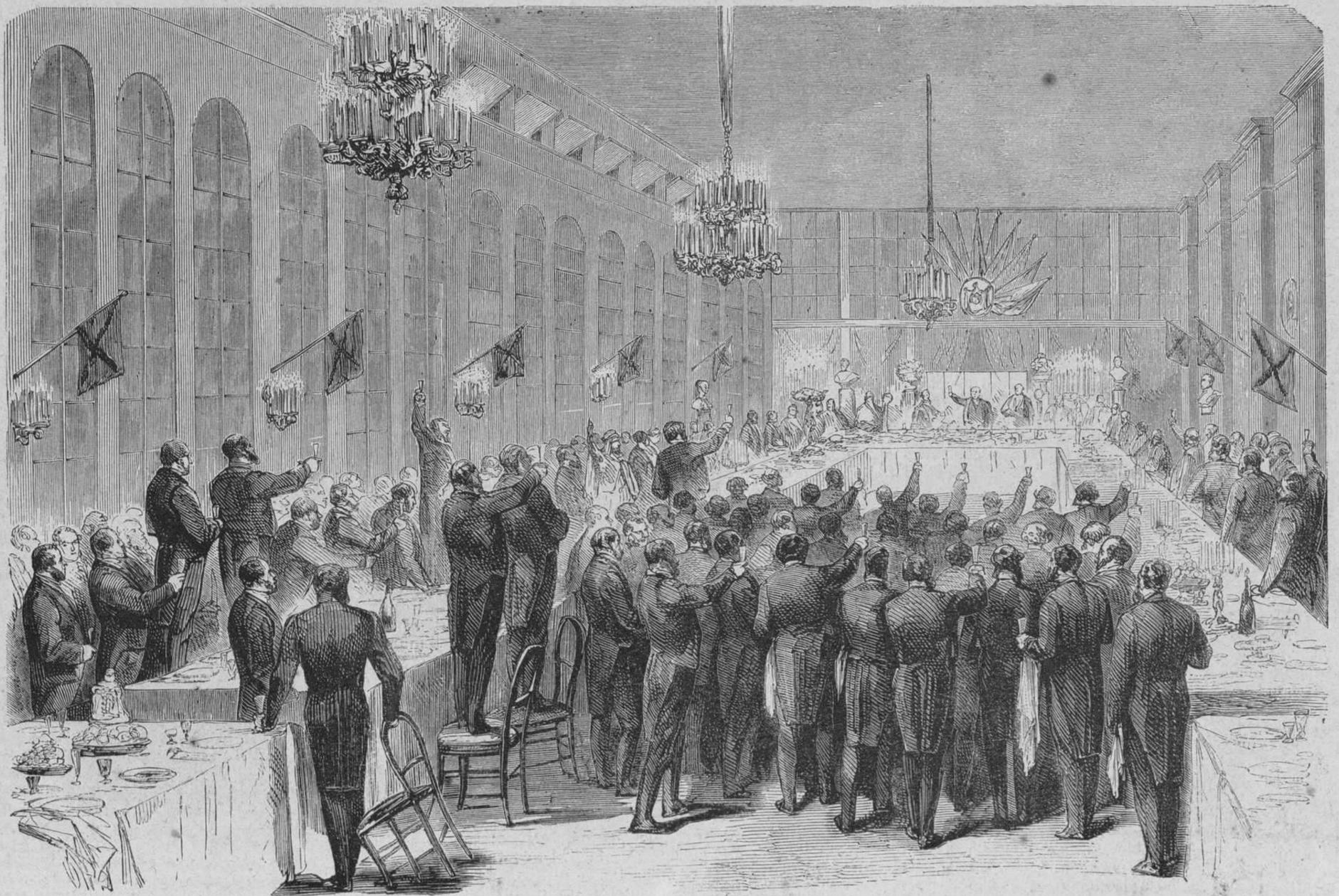
AL PRINCIPE NAPOLEON.

Su Alteza Imperial el príncipe Napoleon ha estado en Londres a visitar la Exposición universal, y los expositores franceses que se hallan en aquella ciudad le han dado un banquete donde ha reinado una animación summa. En el momento de los brindis, el príncipe Napoleon brindó primeramente á la reina Victoria, deplorando la muerte del príncipe Alberto, y luego lord Granville brindó á la salud del emperador.

El príncipe tomó de nuevo la palabra para hacer la

historia de las exposiciones internacionales y emitir sus ideas en punto al porvenir. El orador reclamó para la Francia la gloria de haber sido la primera que concibió el pensamiento de esos grandes concursos, achacando á los trastornos políticos el no haberse realizado la idea. Después manifestó el deseo de que en las próximas exposiciones internacionales se clasificaran por naturaleza y no por nación, á fin de que la comparación pudiese ser más fácil.

Lord Granville sucedió al príncipe Napoleon « para dar gracias á los negociantes franceses que le habían ofrecido tan cordial hospitalidad en su propio país. » En este discurso pronunciado en francés muy correcto, el noble lord comisario suplicó á « los franceses que per-



Banquete dado á S. A. I. el príncipe Napoleon por los expositores franceses en Londres.

donaran á sus compatriotas si estos últimos se habían aprovechado en 1862 de las lecciones que habían recibido en 1851 y en 1855. » En muestra de gratitud á lord Granville porque los había arengado en su propia lengua, los expositores le festejaron en la suya, lanzando tres hurras mal pronunciadas, aunque con una energía británica.

Por último, M. Rouher, ministro francés del Comercio, brindó á la comisión inglesa. E. T.

Revista española.

Un crimen por amor. — Un hombre precavido. — Una nueva infanta. — Su bautizo. — Un ladrón arrepentido. — La Novatada. — Concursos del Conservatorio. — El Paraíso. — Víctimas de los toros. — Movimiento intelectual. — Libros nuevos. — Noticias curiosas. — Premios que ofrece la Academia de la Historia. — Carta de una mora á la reina de España. — Las Edades del amor.

Comenzaré mi revista del mes de junio contando á mis lectores una escena digna de Shakspeare que ha tenido lugar estos últimos días.

Es una historia de amores con su crimen, necesario para obtener el lamentable título de tragedia.

Hace algunos meses que una jóven de diez y seis años, abandonó su aldea en Castilla la Vieja para venir á Madrid á colocarse en calidad de doncella de labor.

La jóven era huérfana, pero una modesta pensión que le quedaba de su padre bastaba para proporcionarle los medios de atender á sus primeras necesidades. Así pues ni la pobreza, ni la ambición le impulsaron á emprender el viaje; su único móvil fué el amor.

Con efecto, un paisano suyo, jóven de veinte años, la había encontrado cuando cumplía quince, en una hermosa mañana de primavera; una de esas mañanas en las que al amanecer se sueñan venturas imposibles de expresar; una de esas mañanas en las que se sale al campo á respirar, no oyendo en torno mas que cantos amorosos, los de las aves; no respirando mas que aromas embriagadores, los de las rosas.

Ella volvía de una heredad con su anciano padre, el jóven la miró, ella guardó en su alma esta primera mirada, y el sol resplandeciente, las frescas auras, el azulado cielo, todo contribuyó á que la semilla fructificara en breve tiempo. A las miradas siguieron las palabras, á las palabras los juramentos, y la chispa se convirtió en hoguera. ¡ Pobres muchachos! Los dos habían leído muchas novelas, y se amaron con un amor digno de los protagonistas de Arlincourt.

Llegó la época de la trilla, mas tarde la de la vendimia con sus tardes melancólicas, después el aterido invierno, y su amor cambiando de paisajes aumentaba su intensidad.

Volvía la primavera, el verano, el otoño, y su pasión no tenía límites. Pero ¡ ay! el jóven debía seguir una carrera, y á pesar de su poesía, eligió por ser mas corta y mas lucrativa la carrera de escribano. En el pueblo no podía ganar cursos, y tuvo que conformarse con partir á Madrid. ¡ Madrid! ¡ el Lele de los amantes provincianos! Esto era cruel, y ella presintiendo catastrofes terribles, le pidió con las lágrimas en los ojos que no partiera.

— ¿ Y el porvenir?

— El porvenir es nuestro. Yo seré escribano y tú escribana.

Esto suponía una palabra de casamiento, y la mujer que es débil, se agarra en sus instantes de debilidad á cualquier cosa para justificar los extravíos de su amor.

Por este tiempo se hallaba huérfana, dueña de su voluntad á pesar de unos tíos que hacían las veces de tutores, y le juró que sería su esposa.

El repitió este juramento, y antes de separarse no les faltaba mas que la bendición del sacerdote para llamarse marido y mujer. Habían dado un gran salto, y para mirarse á la cara sin rubor necesitaban volver atrás, es decir, á la iglesia.

El partió á Madrid, se matriculó, adquirió amigos, después amigas, descuidó su correspondencia amorosa, y acabó por olvidar á su deidad para dejarse prender en las redes de una sirena madrileña.

— ¡ Qué malos son los hombres!

— ¡ Y los soldados! como decía maliciosamente la niñera de un amigo mío.

Ella que no dudaba de la fe de su amante, culpaba á los correos, á todo el mundo menos al pérfido, y sin embargo, un día heló la realidad sus esperanzas y sus ilusiones.

Lo supo todo, todo, hasta lo de la sirena; y como sus recursos no le bastaban para volar á Madrid, proyectó dedicarse al servicio doméstico... ¡ un nuevo sacrificio! para vigilar de cerca al fementido.

Todo salió á medida de su deseo, y un mes después, es decir, á principios de mayo, se encontró en la Coronada Villa, y hasta logró una plaza de doncella en una casa aristocrática.

Desde esta posición buscó á su amante, le observó, y con perseverancia llegó á cogerle en flagrante delito de infidelidad.

A partir de este momento comienza la tragedia.

Hubo una escena digna de un final de acto; y si mis lectores hubieran asistido á la función, habrían visto al descorrerse el telón para el nuevo acto, una reconciliación en toda regla.

Un domingo después bailaban en el Eliseo los dos jóvenes.

Pero el estudiante tenía ya ciertos resabios y volvió á las andadas.

Otra pobre muchacha había sufrido la misma suerte de la primera, y como ella, necesitaba el título de esposa para no avergonzarse después en presencia del hijo que bullía en sus entrañas.

¡ Pobres mujeres! ¿ Porqué los hombres las condenan al martirio en vez de ofrecerles la felicidad?

La aldeana se volvió una furia, no quiso ver á su seductor, perdonó á la seducida, y comenzó á alimentar un terrible proyecto de venganza, venganza que ha estremecido á los habitantes de Madrid.

Con efecto, hace muy pocos días fué á su casa, preguntó por él y le dijeron que no estaba; pero como la patrona del jóven la conocía, le permitió esperarle en su cuarto.

Judit esperaba á Holofernes.

Otelo en forma de mujer iba á clavar el puñal en Desdemona convertida en un estudiante de notariado.

Una hora después yacía en tierra el seductor, y la seducida con el puñal ensangrentado en la mano se presentaba á la justicia.

La causa sigue, y no puedo decir por hoy á mis lectores cuál será el resultado. Madrid se ha consternado en presencia de este crimen amoroso.

Como excentricidad ha llegado á mi noticia un caso que merece referirse.

Un sacerdote ha muerto en un pueblo muy próximo á Madrid, y sus herederos han visto con asombro que el buen señor se había entretenido en construirse en sus ratos de ocio la caja que debía conservar sus restos. Además ha dejado una nota explicando cómo debía hacerse su entierro, y una lista de las personas á quienes debía invitarse. Tanta prevision maravilla, y causa al mismo tiempo una profunda tristeza.

Pero dejemos los casos tristes para buscar los sucesos satisfactorios.

La reina de España ha dado á luz una infanta. El 23 á las cinco ondeó la bandera blanca en el Alcázar, y la familia real se aumentó con una nueva heredera del trono.

Al día siguiente se celebró el bautismo con gran pompa.

La galería del real palacio por donde debía pasar la comitiva, se hallaba colgada y alfombrada, según se ha practicado en ocasiones semejantes, y la capilla estaba preparada según costumbre para capilla pública, viéndose en el centro sobre una tarima la pila bautismal de santo Domingo de Guzman, y en los sitios mas convenientes las tribunas y estradillos para los señores convidados. En la parte de la galería que media entre la sala de guardias y la capilla, se hallaban sobre las armas las compañías de reales guardias alabarderos. A los lados del altar mayor se habían colocado dos bufetes con ricas cubiertas, y sobre ellos y las gradillas existentes, finísimas toallas, bandejas y floreros; en los del lado de la Epístola se veían los aguamaniles, y el del Evangelio estaba prevenido para el pontifical.

Las insignias del bautismo se hallaban colocadas á la derecha del sitial del augusto padrino sobre dos mesas con ricos tapetes, y los pontificales de los señores obispos asistentes al ceremonial, sobre mesas mas sencillas en el sitio acostumbrado.

Siete gentiles-hombres llevaban las insignias del bautismo. El primero el salero; el segundo el capillo; el tercero la vela; el cuarto el aguamanil; el quinto la toalla; el sexto el mazapan y el sétimo los algodones.

En la pieza que se supone antecámara de la infanta, había tres mesas con ricos tapetes, y sobre ellas las siete bandejas de plata con las indicadas insignias del bautismo.

Ocho mayordomos de semana habían sido nombrados para que de antemano se enterasen de todo el ceremonial, arreglo del festejo, colocación de los señores convidados y de los individuos que debían asistir á la capilla, para evitar con tiempo las dificultades que pudieran ocurrir en aquel acto.

Llegada la hora, preparada la infanta y el augusto padrino, y colocado cada individuo de la comitiva en la pieza que por su clase le correspondía, salieron del real cuarto dos ugières de saleta y un mayordomo de semana, para avisar á los señores convidados que estaban en la capilla la salida de estos augustos señores.

El sumiller que estaba con los demás jefes de palacio en la cámara de S. M., avisó á los siete gentiles-hombres nombrados para llevar las insignias, á quienes se les entregaron por el orden ya expresado.

Llevaba á la infanta el aya, la cual con una banda roja con flecos de oro al cuello, tomó en el dormitorio de S. M. la reina á S. A.

En este momento una salva de artillería anunció la ceremonia, y principió la marcha en la forma siguiente: Gentiles-hombres de casa y boca.

Mayordomos de semana, y en medio de ellos cuatro maceros con sus mazas.

Grandes, y en medio los reyes de armas con las armas reales.

Los siete gentiles-hombres de cámara con las insignias descubiertas.

La infanta en la misma forma que se lleva dicho.

Su Alteza Real el Serenísimo señor infante Don Francisco de Paula Antonio, padrino de S. A. R. en representación de sus augustos hijos la Serenísima señora infanta Doña Amalia y su esposo el príncipe Adalberto de Baviera, y á su lado el nuncio de Su Santidad, etc.

Concluyó el festejo siguiendo el comandante general

de reales guardias alabarderos, damas y plana mayor del referido cuerpo.

En el centro de la capilla, donde como he dicho, se había colocado sobre una tarima la pila bautismal, estaban á los cuatro ángulos los reyes de armas. A la derecha del altar mayor se veían cuatro siales para personas reales, y mas allá los de los jefes de palacio y damas de guardia. A la izquierda del altar los mayordomos de semana y el nuncio de Su Santidad; y en la mitad posterior de la nave, á uno y otro lado, los grandes de España, capellanes de honor, gentiles-hombres de casa y boca.

Las tribunas estaban ocupadas: por las damas de Su Majestad; señores ministros; grandes; capitanes generales, individuos del extinguido consejo de Estado, y embajadores que han sido; convidados de los cuerpos colegisladores; caballeros del Toison de Oro; cuerpo diplomático extranjero; generales, capitán general y directores de todas armas; tribunales supremos y consejo de Estado; asamblea y comisión de las órdenes de Carlos III, Isabel la Católica, San Juan, las cuatro militares y cuerpo colegiado de la nobleza, gobernador civil, corregidor y ayuntamiento; jefes superiores y locales de palacio, que no tenían lugar en la capilla pública, y por último, el tribunal de la Rota.

Concluido el bautismo tomó asiento el augusto padrino, cogiendo el aya á S. A., interin se desnudaba el prelado que había oficiado y demás obispos.

Finalizado, regresó la comitiva en la misma forma con que salió de las reales habitaciones. La infanta era llevada por el aya que la tomó del augusto padrino, y habiendo vuelto el festejo al cuarto de S. M., se despidió de las reales personas y concluyó la ceremonia.

En acción de gracias al Todopoderoso por tan plausible motivo se cantó en la real Capilla un solemne *Te Deum*.

El traje de los asistentes al bautismo era de gran gala.

Hé aquí ahora un suceso bastante original:

Hará cosa de dos ó tres años que á una persona muy conocida en esta corte le robaron un reloj á la salida del teatro del Príncipe. El ladrón no pareció, aunque si he de decir la verdad, el sugeto á quien me refiero no se dió tampoco mucha prisa para buscarle. Hace dos días parece que ha recibido una cajita pequeña y una carta. En la cajita se hallaba el reloj, que volvía milagrosamente á sus manos, acompañado de una preciosa cadena de oro; la carta estaba concebida en los términos siguientes:

« Caballero: Hace dos años que instigado por la miseria, cometí una falta robándole el reloj. Yo esperaba poderse volver á Vd. algún día, y este día ha llegado al fin. He encontrado donde trabajar, he reunido algún dinero, lo he desempeñado, y en esa cajita se lo envío. Ahora solo me resta decirle á Vd. que me juzgaría muy dichoso si á título de resarcimiento acepta la cadena que me he tomado la libertad de ponerle, y me perdona. »

Esta originalísima carta no tiene mas firma que estas palabras:

Un hombre que se arrepiente.

Por desgracia, de estos arrepentidos entran pocos en libra.

En cambio, otro individuo ha pagado la novatada.

Procedente de un pueblo de la provincia de Palencia, llegó á Madrid hace pocos días un honrado labriego: el primer paso que dió fué asistir á la función taurómaca que el domingo tuvo lugar en la plaza de esta corte, donde acosado por el calor se quitó la chaqueta y la puso en su asiento, colocándose encima. Ocurrió en el circo un lance... el público grita, se levanta de sus asientos, y nuestro forastero se pone de pié tambien para enterarse mejor de lo que pasaba. « Sentarse, señores, » dicen luego muchas voces, y al obedecer el provinciano, echa de menos la chaqueta. Algunos opinaban que á pesar de los pocos momentos trascurridos, la prenda mencionada estaría cerca de la Puerta del Sol.

El forastero no sentía tanto la chaqueta, como una onza de oro depositada en uno de sus bolsillos, y varios papeles de interés.

¡ Carita le salió la corrida!

Una de las distracciones mas agradables de cuantas disfruta durante el año el público escogido de Madrid, es la que le proporciona el Conservatorio de música y declamación con sus concursos.

Los alumnos mas aventajados lucen su talento, su inspiración ante una numerosa y escogida concurrencia, y en estas funciones se ve que cada año son mayores los elementos que produce el Conservatorio para dotar de intérpretes á los teatros líricos y dramáticos.

El mes de junio se consagra á estos certámenes, y los de este año no han dejado nada que desear. El salón ha estado lleno de notabilidades y de hermosuras, y los alumnos premiados han sido objeto de calorosas aclamaciones.

En cambio los teatros casi desiertos no han ofrecido nada notable. ¡ Pobre musa dramática! Necesita un vigoroso impulso para no sucumbir ante el mal gusto que el espíritu comercial de la época ha impreso en su demacrado rostro.

Pero si no tenemos teatros, contamos con un *Paraíso*. Sí, queridísimos lectores, la villa y corte de Madrid se ha construido un *Paraíso*, que si no es el *Terrenal* por falta de belleza, lo es por sobra de pecadillos... amorosos.

Este *Paraíso* es un jardín que se ha formado en uno

de los parajes mas pintorescos de Madrid. Durante el día pueden los ociosos visitarle, entretenerse con los diversos juegos que la especulacion le ofrece, leer bajo las sombras de los árboles; y por la noche perderse en las alamedas ó bailar y enamorar á sus anchas, por su puesto con la debida circunspeccion. Los que no son bastante ricos para poder cambiar el calor de Madrid por las frescas brisas de los animados puertos de mar del Océano ó de los baños de las provincias Vascongadas, se contentan con el *Paraiso* madrileño, el cual comparte el papel de divertir á la gente con el *Circo ecuestre*, en donde los *clowns* y los *ecuyers* mas afamados ejecutan verdaderos y hasta barbaros *tours de force*.

Este espectáculo, que tiene muchos puntos de contacto con las corridas de toros, agrada mucho, y todas las noches está lleno el Circo. Los ramos de flores y las coronas de laurel caen á los piés de los caballos; ¡triste cuadro para los hombres de talento que aspiran á este glorioso premio despues de largos años de desvelos!

Tambien ha habido corridas de toros no solo en Madrid, sino en todas las provincias de España, y parece que los animalitos han decidido acabar con los lidiadores. Enumerar las desgracias que han ocurrido seria proporcionar un cuadro sumamente triste á mis lectores, y preferí callar, lamentandome de que no se ponga fin á estas funciones que nos separan de la civilizacion, y que todos los días llenan de luto á numerosas familias.

Registremos ahora las nuevas publicaciones; pero antes dirijamos una mirada al movimiento intelectual.

La influencia del creciente calor cierra las universidades y academias al mismo tiempo que los salones y congresos, que si los hombres de mundo tienen que ir á Vichy ó á Baden, tambien los de ciencia necesitan visitar el palacio *Cromwell-Road* por mas que no haya logrado excitar tanto el entusiasmo como su antecesor de *Hyde-Park*, segun lo prueba, con *británica elocuencia*, el producto de las entradas de la primera semana.

Así, fijandonos en lo interior por un sentimiento de patriotismo que comprenderán nuestros lectores, hallamos que despues de la recepcion del señor Subercase en la Real Academia de ciencias naturales, todas las corporaciones oficiales entran en vacaciones. El Ateneo cierra sus labios ya que no sus puertas: la Academia médico-quirúrgica aplaza para el otoño su debate sobre el contagio, y la Económica matritense concluye su legislatura como otras sociedades la empiezan, esto es, premiando con una medalla de oro los admirables aparatos del señor Gallegos.

Este inventor ha recibido tambien merecidos y lisonjeros estímulos en la real Camara y en el ministerio de Fomento, donde ha presentado sus obras, y vemos con satisfaccion que la ciencia y la industria encuentran cada vez mejor acogida en las regiones oficiales, cuyas puertas solo guardaban antes el desden ó la indiferencia, pues desde la última revista hemos oido debatir en el Congreso una ley científica, la de montes; hemos visto al ministerio de Fomento enviar comisiones especiales que bajo sus diversos puntos de vista estudien la exposicion universal y que entre ellos, y aquí está el verdadero progreso, se prefiere á los obreros ilustrados que son ciertamente los que mas provecho pueden reportar: se envían tambien delegados al Congreso de beneficencia de Bruselas; se instala una comision científica en la escuadra que va á mostrar nuestro oriflama en las costas del Pacifico, y por último, aunque esta no sea oficial, vemos á los nombres mas eminentes de la política y de la administracion, tomar bajo su responsabilidad y patrocinio el éxito de la suscripcion para el *Itineo* de Monturiol.

Pasemos ahora á los libros.

— *Vidas de los mártires del Japon*, y de San Miguel de los Santos, confesor, redactadas por don Eustaquio Maria de Nenclares.

— Con el título de *Rimas catalanas*, de don Joseph Galiana y Hiely, se ha publicado en Madrid un cuaderno de poesías muy dignas de figurar al lado de los cantos con que Rubió y Ors, Balaguer, Calvet y otros poetas catalanes han enriquecido en nuestros tiempos el Parnaso lemosin.

— Ha visto la luz pública, con el título de *A la luz de una lámpara*, un lindo volumen de cuentos morales, escrito por la señora doña Maria del Pilar Sines de Marco.

— El señor don Antonio Bravo y Tudela ha escrito una obra que lleva el título de *Historia de la elocuencia*, su mision y modo de realizarla.

— Se está haciendo una nueva edicion de los *cuentos y fábulas* del señor Hartzzenbusch, cuyos dos tomos impresos hace dos años están completamente agotados.

— *Manual de geología aplicada á las artes y la industria*, del señor Vilanova. Es una obra que honra en extremo á nuestro pais.

— *Códigos ó estudios fundamentales sobre el derecho civil español*, por el señor don Benito Gutierrez Fernandez, ilustrado catedrático de la facultad de derecho de la universidad central.

— Con el título de *la Centralizacion*, acaba de reunir en un solo volumen y publicar en Barcelona, el conocido editor D. Francisco Gabañach, las dos obras mas notables publicadas en Francia sobre una de las cuestiones que mas preocupan hoy á los publicistas y políticos de todos los paises, á saber: *La libertad y la centralizacion*, por Carlos Dollfus, y *De la centralizacion y sus efectos*, por M. Odilon Barrot.

— *La Historia de la guerra de la independencia*, del señor Blanch, que ha tenido muy buena acogida, habiéndose agotado en poco tiempo la primera edicion.

— *La Historia de Cádiz*, que estaba publicándose en aquella poblacion, y que se suspendió por algun tiempo, ha vuelto á aparecer por entregas.

— *Las prisiones de Europa*, libro que sale á luz en Barcelona.

Ya ha llegado á su término la publicacion de las obras de Flaxman, grabadas al contorno por don Joaquin Pi y Margall, fiel reproduccion de las que publicó en Paris M. Révell, que han hecho conocer y apreciar esta obra en todas las naciones, y sobre la que tiene la ventaja esta de mayor economia en el precio.

Muy pronto empezará á publicarse una revista científica, titulada *Anales de la Academia*, que será órgano y saldrá á luz bajo los auspicios de la Academia de la historia.

El diligente é ilustrado biógrafo de Quevedo, señor Fernandez Guerra, que se halla en los baños de Alhama de Aragon, acaba de encontrar allí algunos documentos originales de interés para ilustrar varios hechos y pasajes de la vida del gran satirico español. Ha descubierto la partida de casamiento de Quevedo y la de defuncion de su mujer. Esta no usó ninguno de los dos apellidos con que ha sido conocida hasta ahora, ni estuvo casada con Quevedo pocos meses, como se creia, sino muchos años. Con estos datos y otros que por ellos ha logrado conseguir, el señor Guerra va enriqueciendo el tercero y último tomo de las *Obras ilustradas de Quevedo*, que muy pronto empezará á imprimirse, y contendrá las poesías líricas y dramáticas, y adiciones y enmiendas importantísimas á los dos tomos ya publicados.

La real Academia de la historia, cumpliendo con sus estatutos, y siguiendo la costumbre de promover los estudios históricos y la ilustracion de puntos importantes de la historia nacional por medio de honoríficos premios, ha determinado anunciar los siguientes concursos:

1º Para 1862. — « Juicio crítico de don Alvaro de Luna. Su significacion en la historia política de Castilla. » Se concede de plazo para la admision de Memorias hasta 31 de enero de 1863. La declaracion del premio se hará en abril del mismo año. El premio consistirá en medalla de plata, 4.000 reales en dinero y 300 ejemplares de la obra que fuese premiada. Se reserva la Academia declarar el *accesit*, si considerase haber lugar á ello. Este consistirá en la declaracion y en la impresion de la obra, de la cual se entregarán igualmente al autor 300 ejemplares.

2º Para 1864. — « Estado social y político de los mujezares de Castilla, considerados en sí mismos y respecto de la civilizacion española. » Se admitiran las obras que se presenten sobre este asunto hasta 30 de noviembre de 1863. La declaracion del premio se hará en abril de 1864.

3º Para el concurso de 1866. — « Historia de los mozárabes de España, deducida de los mejores y mas auténticos testimonios de los escritores árabes y cristianos. » Se concede de plazo para la admision de Memorias hasta 31 de diciembre de 1865. La declaracion del premio se hará en abril de 1866. Los premios que se han de conceder á los autores de las obras que lo merecieren á juicio de la Academia, consistiran: el del primer asunto en medalla de plata, 8.000 reales y 300 ejemplares de la obra que fuese premiada; y el del segundo en igual medalla y número de ejemplares y 12.000 reales en metálico.

Don José Yurrita, dueño de la fabrica de cerillas de Tolosa, titulada *la Caridad*, y tan célebre por sus buenos fósforos como por sus malos versos, ha presentado en la exposicion de Londres un curioso cuadro formado de cerillas fosfóricas, que representa con sus respectivos colores el escudo de armas de España, y en cuya formacion se han empleado mas de 50.000 cerillas.

Para que vean los lectores del *Correo de Ultramar* de qué manera tierna, respetuosa y levantada, expresan sus sentimientos de dolor los árabes, publicamos la siguiente exposicion, cuya forma y periodos son un modelo de literatura oriental:

« Soberana y poderosa señora reina de España: — ¡Alabado sea siempre el Dios de todo lo criado! ¡Grande es su misericordia! ¡Este Dios piadoso te guarde y bendiga! ¡oh reina Isabel! ¡y á todos tus hijos, tan queridos de tu gran pueblo!

Jamama-di-Ali, mujer del moro Moajam Barmis, de la kabila de Tajidi, partido de Bocaya, cercano á la plaza del Peñon, hoy preso en las cárceles de Tanger, á las órdenes del califa Muley-el-Abbas, por sospechas de haber presenciado la muerte de un marinero del Peñon, llamado Figuerola, dada por estos riffeños en la siega de hace dos años, quiere hablar, ¡oh gran reina! con su corazon, para decirte la desgracia que llora esta pobre mujer y sus pequeñuelos.

Desde que salió Barmis de este campo, nos encontramos, ¡hermosa reina! muertos de necesidad: nuestras tierras perdidas, nuestros ganados robados y expuestos al hambre de los lobos, sin tener quien nos dé cebada para alimentar á estas criaturas, que á cada rato me piden que venga su padre á darles el pan que tenían antes de que fuese preso Barmis.

El corazon de esta pobre mora, esclava tuya, ¡oh reina de España! se le parte al mirar á sus hijos llorando todos los días; esperando el momento de verlos morir.

El encontrarse sin consuelo esta pobre madre, y el consejo que le ha dado un cristiano renegado que vive en este campo, es la causa, gran señora, de que hoy llegue á tus reales piés, porque segun me han dicho, eres tan noble como compasiva y generosa, para con los cristianos de tu pueblo.

Considérame, ¡oh gran reina Isabel! como uno de ellos. ¡Compadécete de mi Barmis, que hace mas de un año está con grillos y cadenas, hambriento y desnudo en la carcel de Tanger!

Si ha tenido alguna parte aquel infeliz en la muerte del cristiano, perdónalo, ¡oh poderosa reina! que bien lo tiene pagado. Mira que las prisiones de los moros no son tan buenas como las de los cristianos. Perdónalo, generosa sultana, ya que la mujer del cristiano muerto lo ha perdonado tambien; como se ve por el papel que te acompaño.

Estos hijos de mi corazon te piden como yo, mandes escribir á Muley-el-Abbas que saque á Barmis de la prision para que venga á darles de comer. Hazlo, gran señora, no por mi ni por ellos, sino por los tuyos y por el buen corazon que tienes, como dicen todos los moros que tratan con los cristianos del Peñon.

Yo pido al gran Dios haga muchas mercedes á la reina de España y eche la bendicion desde el cielo á toda su casa y su pueblo.

Haz favor, ¡generosa señora! al preso Barmis, para que vuelva á dar pan y amparo á estos pequeñuelos que moriran si no viene.

Hoy paso á la plaza del Peñon á llevar este papel al alcalde para que te lo mande.

Pueblo de Tagedide á tres del mes que llaman los cristianos febrero de mil ochocientos sesenta y dos.

A las reales plantas de la reina. — Su esclava,
JAMAMA-DI-ALI.»

Su Majestad la reina no solo ha dispuesto de real orden que se escriba á Muley-el-Abbas, como lo pedia la afligida mora, sino que ha mandado al gobernador de la plaza del Peñon conteste en su nombre á esta desgraciada madre.

Terminaré mi revista con otra poesia rimada del célebre poeta don Tomas Rodriguez Rubi, que ha visto la luz en un semanario muy importante.

Se titula las *Edades del amor*:

En la edad infantil, Estrella mia,
Es el amor un vago sentimiento
Que funda su versátil monarquía
En las instables ráfagas del viento.
Un insecto, una flor, un dije apuran
De sus amores la afecion dichosa,
Y estos amores duran... lo que duran
El juguete, la flor, la mariposa.

En la creyente juventud, las horas
Se deslizan fugaces: todo en ellas
Es vehemencia, y pasion, y encantadoras
Visiones que la fe nos pinta bellas.
Un paso mas... y el aura fementida
Del desencanto los amantes lazos
Desata, y al final de la partida
Resulta... el corazon hecho pedazos.

Ya en la estéril vejez, desconfiada,
Se buscan, tras de afanes tan prolijos,
La casta esposa que vivió olvidada,
Y las caricias de los tiernos hijos.
¡Amor, amor verdad! Su fuerte mano
Le da sosten, ahuyenta sus enojos,
Y en el postrer momento... del anciano
Con lágrimas de amor cierra los ojos.

Es el amor en la infantil jornada,
Ilusion, viento, nada.
Es el amor en nuestra edad florida,
La muerte de la vida.
Es el amor en la vejez inerte,
¡La vida de la muerte!

Añadiré esta linea para no poner mi humilde nombre al pié de una composicion tan bellisima.

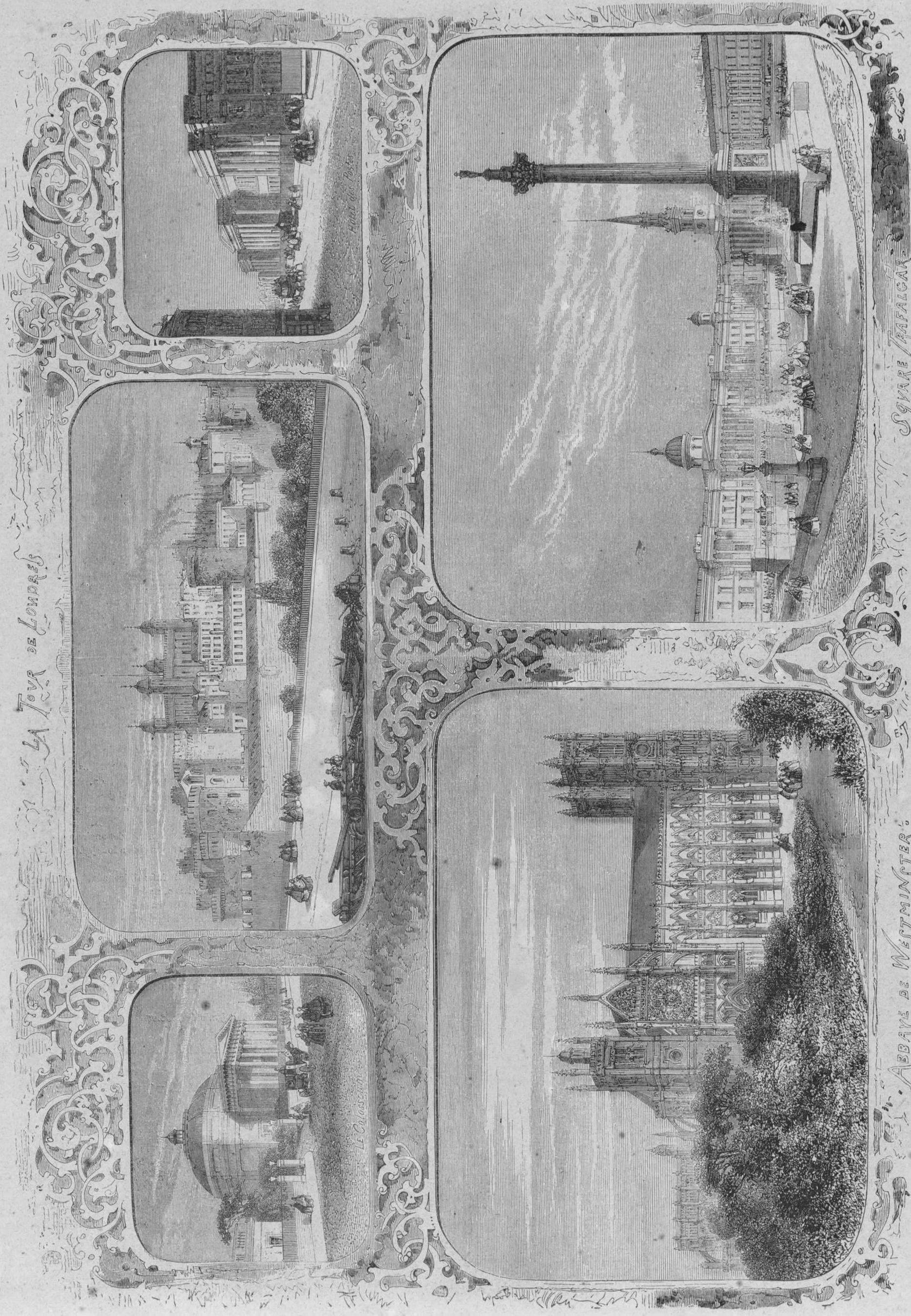
JUAN DE MADRID.

Madrid 30 de junio de 1862.

Los monumentos de Londres.

(Véase el número 492.)

El *Colosseum*. — Este edificio llamado así por el vasto diametro de la cúpula que le domina, fué construido en 1824 por el arquitecto Derimus Burton. El pórtico erigido por el lado del parque (Regent's Park) se compone de seis columnas de orden dórico sin basamientos. La cúpula alumbrada por un espacioso cupulino de cristal tiene 39 metros de diametro, y se eleva á 30 metros sobre el suelo. El salon principal se halla rodeado de 20 columnas y adornado con pinturas al fresco. En un principio solo expusieron aquí el gran panorama de Londres visto desde lo alto de la catedral de San Pablo, pero despues colocaron igualmente una variada coleccion de panoramas, á saber: Una vista de Paris alumbrado por la luna; el lago de Thun; cascadas; las grutas de Adelsberg; templos griegos ruinosos; el monte Blanco; el mar de Hielo, etc. En la galeria hay un buen

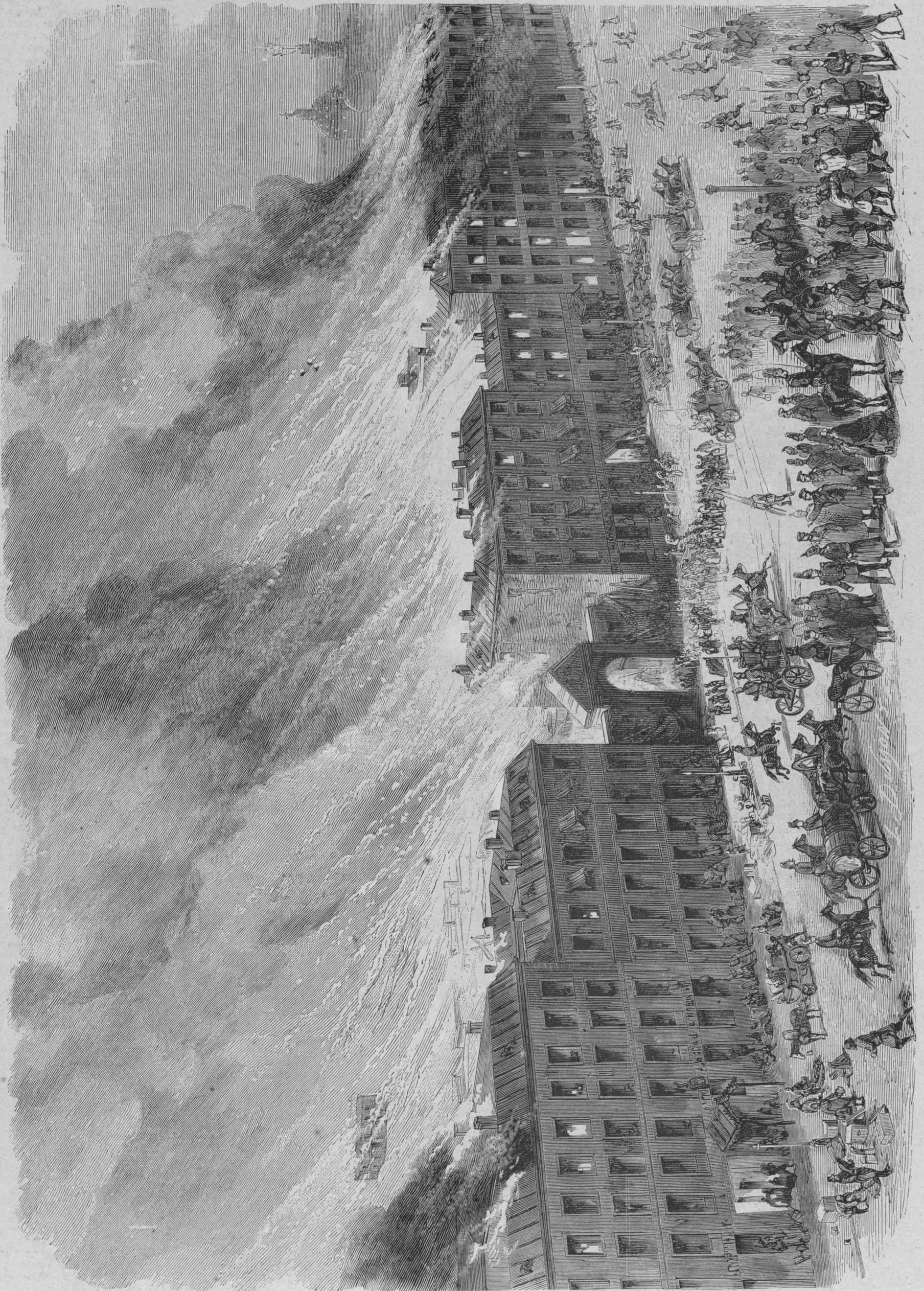


LA TOUR DE LONDRES

ABBAYE DE WESTMINSTER

SQUARE TRAFALGAR

Los monumentos de Londres. — El Colosseum, la Torre de Londres, la Abadía de Westminster, la Casa de Correos, la Plaza de Trafalgar.



Vista general del incendio de Tchoukini-Dvor y Apraxins-Dvor y del ministerio del Interior en San Petersburgo. — (Véase la Revista de Paris.)

órgano que tocan dos veces al día; y en las dependencias del establecimiento hay un museo de escultura, pajareras e invernáculos. También se suelen dar conciertos, y todas las noches hay diferentes cursos públicos.

La *Torre de Londres*. — Hé aquí uno de los monumentos de mas nombradía que existen en la capital de Inglaterra. Es una fortaleza con una multitud de torres y de salas, destinada cada cual á un uso particular. Se halla situada en la ribera setentrional del Tamesis; su recinto exterior tiene 3,150 pasos de circunferencia, y se halla rodeada de un foso cuyas aguas las suministra el Tamesis.

Su fundacion data, segun dicen, del tiempo de Guillermo el Conquistador en 1078.

Esta Torre tiene cuatro entradas; por la principal, que está al sudoeste, pueden entrar los carruajes. Las puertas se abren todas las mañanas, cerrándose por la noche con arreglo á cierto ceremonial establecido desde hace mucho tiempo. El oficial encargado de la puerta va al aposento del gobernador con un sargento y seis hombres á buscar las llaves, abre las puertas, y se las devuelve al portero, quien se queda con ellas todo el día.

La Torre está separada del Tamesis por una plataforma y por un foso. El muro principal es de ladrillos, y hay en todo él cañones que defienden todas las entradas.

Además hay una entrada particular que se llama la *Puerta de los traidores*, porque por allí entraban antiguamente los presos de Estado. La Torre contiene algunos aposentos régios, porque antiguamente habitaron en ella algunos reyes.

La *Torre blanca*, que es la mas vasta y la mas antigua de este monumento, no es sin embargo la mas interesante. Es un edificio macizo de forma cuadrangular de 116 pies de largo y 96 de ancho sobre 92 de alto. En el primer piso tiene dos grandes salas, una para depósito de equipos de marina, y otra para sala de armas. También se encuentra una sala abovedada que servía probablemente de prision. En el segundo piso hay otras dos salas con dos arsenales militares, y un aposento llamado la *Capilla de César*, uno de los modelos mas perfectos que quedan de la arquitectura normanda. — Además hay una capilla en esta fortaleza célebre por haber servido de sepultura á Ana Bolena y á su hermana, así como á Tomas Cromwell, Tomas Morus, el duque de Norfolk y Maria Estuardo.

La *torre de la Atalaya* es de forma circular: su techo es bastante curioso; se cree que en esta torre es en donde fué encerrada la reina Elisabeth.

Al lado de esta se halla la *torre de Beauchamp* ó de *Cobham*, que sirve y ha servido siempre de cárcel de Estado.

La *torre de las joyas* ó *torre Martin*, encierra las alhajas de la corona valuadas en dos millones de libras esterlinas. La corona, que es el objeto mas importante, fué casi hecha de nuevo cuando la coronacion de Jorge IV en 1821. Esta corona es de terciopelo carmesí forrada de armiño; una doble hilera de gruesísimas perlas, separada por otra hilera de piedras preciosas rodea su base; cuatro cruces formadas de riquísimos brillantes descuellan sobre las perlas: debajo de la cruz de delante brilla el mas hermoso zafiro que se conoce, y en el mismo sitio por detrás se ve un rubí de un grueso muy notable. Las curvas que suben hasta arriba de la corona todas de oro macizo, se hallan enriquecidas de brillantes así como la cruz de encima; en el intervalo que separa las curvas se ven cuatro flores de lis de diamantes.

Además hay otras cuatro coronas y siete cetros, como también el glóbo de oro que tiene el rey en la mano en la ceremonia de la coronacion, la espada de gracia y justicia, el gran salero de oro, una pila de plata para el bautismo de todos los niños de sangre real, la vajilla de la coronacion, el águila de oro que contiene el óleo para consagrar á los reyes, y otra porcion de objetos no menos preciosos é interesantes.

Las otras torres principales son:

La *torre Sangrienta*, donde se cree fueron ahogados Eduardo V y su hermano Ricardo.

La *torre de Wakefield* que contiene una hermosa sala octógona, donde dicen que fué asesinado Enrique VI — y la *torre del Leon*, donde se crían fieras y animales raros.

Hay además una porcion de torres mas cuya historia es siempre interesante, pero la mayor parte de ellas no existen ya, conservándose apenas algunos cimientos.

La *oficina de Artillería* que dirige todo lo concerniente á este cuerpo, ocupa el sitio donde estuvo la torre de Lauthorn.

En los *archivos* se conservan una porcion de preciosos documentos, y al Sur de la *torre Blanca* está la sala de los planos, donde se ven modelos de un crecido número de plazas fuertes.

La *sala de las Armaduras* contiene las de la mayor parte de los reyes de Inglaterra, coleccion sumamente preciosa por su antigüedad.

De esta sala se pasa á los *almacenes*, cuyas riquezas desaparecieron en 1841 devoradas por las llamas. La pérdida que hubo entonces se ha estimado en mas de seis millones.

El *Arsenal Español*, que se llama hoy *Arsenal de la reina Elisabeth*, encierra una coleccion de despojos de nuestra armada. Allí se ve también el hacha que quitó la vida á Ana Bolena; la que sirvió para el conde de Essex, un cañon de madera que empleó Enrique VIII en el sitio de Polonia, y el baston que llevaba este rey cuando se paseaba por las calles de Londres.

La *Casa de Correos*. — Este edificio situado en el lugar que ocupó un antiguo monasterio, es de creacion

reciente; su primera piedra se colocó en mayo de 1814, y la construccion no estuvo terminada hasta fines de 1829. Es un vasto paralelepípedo de 119 metros de largo con 40 de ancho y 20 de altura. La fachada se compone de un pórtico central que sostiene seis columnas jónicas, y de dos alas terminadas en cada extremo por cuatro columnas del mismo estilo. La entrada del pórtico central da acceso á un ancho corredor cuya bóveda está sostenida por dos hileras de seis columnas cada una. A la derecha están las oficinas de los impresos y las cartas para el distrito de Londres, y á la izquierda las de los diarios y correspondencias para provincias, el extranjero y las estaciones marítimas. Debajo del corredor hay un ferro-carril subterráneo que pone en comunicacion á las oficinas. El edificio se halla casi todo él construido á prueba de incendio, y posee una maquinaria muy ingeniosa, á cuyo beneficio se puede enviar una gran cantidad de agua á las guardillas en caso de fuego. Se cuentan en las oficinas unos 1,000 mecheros de gas. El número de cartas que pasan diariamente por estas oficinas se eleva á la cifra prodigiosa de 300,000, como se ha calculado en 1838. Para el servicio, la Casa de Correos emplea miles de hombres, y sus rentas están calculadas de cincuenta á sesenta millones de francos anualmente.

La *Abadía de Westminster*. — Esta abadía debe su fundacion á Sebert, rey de los sajones (604). Hasta el reinado de Enrique III su historia es algo oscura, pero en 1220 este último monarca puso la primera piedra de una nueva capilla que consagró á la Virgen en el sitio que ocupa hoy la de Enrique VII. Esta última capilla, que se empezó á construir en 1502, fué concluida por Enrique VIII, quien se apoderó de las rentas de los frailes arrojándolos de su monasterio.

Desde el reinado de este último monarca hasta el advenimiento de la casa de Brunswick, no se hicieron mejoras en la abadía, y todo lo que se ha hecho en ella hasta ponerla como hoy se ve, ha sido muy posterior.

El exterior no presenta un aspecto muy uniforme, pero su fachada del lado del Oeste es sumamente bella. Las dos torres, de fecha mas moderna, no están en armonia con el conjunto del monumento. En fin, el edificio puede decirse que en el género gótico es lo mejor que poseen los ingleses.

Entrando por la parte del Oeste se queda uno sorprendido al notar la simetria y elegancia que reinan en su interior. Lo primero que llama la atencion es la gran cantidad de monumentos fúnebres que contienen en sus lapidas toda la historia política, religiosa y científica de la Gran Bretaña.

Así este noble panteon es un sitio sagrado para todo inglés, á causa de los hombres ilustres que en él se encierran.

La iglesia forma una nave y dos alas, cuyo techo está sostenido en dos hileras de arcos; pero lo que mas se admira es el coro, por el magnífico pavimento de mosaico que rodea el altar y que todos consideran como una obra maestra. En este coro tiene lugar la ceremonia de la coronacion de los reyes y reinas de Inglaterra.

En la nave de la capilla de *Enrique VII* es donde son armados los caballeros de la órden del Baño restablecida en 1725 por Jorge I.

Hay también en la parte meridional de esta iglesia un sitio donde se encuentran las tumbas de muchos poetas ingleses (the Poets' Corner). El monumento que mas llama la atencion es el de Shakspeare; la figura de este poeta respira por todas partes la nobleza.

El cuarto de Jerusalem formaba parte de los aposentos del abad; aquí fué donde espiró el rey Enrique IV.

En el Norte de la abadía se elevaba antiguamente el santuario, sitio inviolable en que hasta los mismos reyes fueron á buscar un asilo varias veces. Al Oeste del santuario estaban los aposentos de los limosneros, célebres por haber servido en 1474 á William Caxton para establecer las primeras prensas conocidas en Inglaterra, y para imprimir su libro del juego de ajedrez.

La *plaza de Trafalgar*. — Esta plaza que en sus disposiciones generales se parece á las plazas de las capitales del continente, recibió su nombre en conmemoracion de la victoria de Nelson. Diríase que ha sido abierta en el granito, pues exceptuando el lado meridional se halla rodeada de terrados y de balaustradas de granito de Aberdeen, y la mayor parte de los monumentos que en ella se ven son de la misma piedra. El mas importante es la *columna de Nelson*, que se alza al Sur de Trafalgar-square y al Norte de la plaza triangular conocida con el nombre de Charing-Cross. Este monumento de piedra de Portland, tiene 54 metros de altura; descansa en un pedestal de granito y lleva un capitel de bronce fundido con cañones franceses. La estatua de Nelson que termina la columna tiene mas de cinco metros de altura y es también de granito. Los cuatro bajo-relieves de bronce que adornan el pedestal representan la muerte de Nelson, la batalla de Abukir, el bombardeo de Copenhague y la batalla de San Vicente. La columna elevada por medio de una suscricion pública costó 825,000 francos.

A la derecha y á la izquierda del monumento de Nelson hay dos bonitas fuentes. En los dos ángulos al Norte de la plaza hay anchas escaleras que conducen al terrado donde está construido el edificio de la galería nacional de pinturas. En el extremo oriental se alza la estatua ecuestre en bronce de Jorge IV, que costó cerca de 250,000 francos. La fachada occidental de la plaza está cercada por el colegio de los Médicos y el club de la Union, y el hotel de Morley ocupa la fachada oriental. En el ángulo nordeste se ve la iglesia de San Martín de

los Campos, y al Sur del hotel de Morley á la entrada del Strand, la sucursal de la casa de correos, cuyo pabellon presenta en su remate una señal telegráfica que corresponde con el observatorio de Greenwich. El hotel Percy alarga oblicuamente su fachada entre el Strand y Whitehall. X.

Revista de Paris.

No han salido fallidos los pronósticos de los que creyeron que este verano tendríamos en París, con motivo de la Exposicion universal de Londres, una afluencia de extranjeros mucho mas extraordinaria que de costumbre. En efecto, los hoteles se hallan atestados de viajeros, y hay familias que al llegar por el camino de hierro se pasean por las noches en las calles de París buscando habitacion, con el mismo infructuoso resultado con que Diógenes buscaba un hombre. Es verdad que las vías férreas suelen traernos de repente una aglomeracion de mil ó mil quinientas personas, unas veces de las provincias de Francia y otras del extranjero, de Bélgica, de Austria ó de Prusia. En cuanto á España, todavía no puede hacernos esas remesas de huéspedes al pormayor; en el año próximo ya estará muy adelantada la línea de Madrid á la frontera, pero el trozo que faltará aun es de tan difícil y costosa ejecucion, que se necesitarán dos años mas para que esté listo el camino de un extremo á otro. Entre tanto es preciso cambiar de coches á cada instante, y el viaje, aunque no tan molesto como antiguamente para los madrileños, lo es bastante sin embargo para que no se emprenda con la misma facilidad que en Bruselas, en Viena ó en Berlin.

Los parisienses que aun están en París parecen bien decididos á disfrutar de las fiestas campestres á pesar del mal tiempo. Decimos esto, porque si el domingo de la semana anterior no faltó gente en las carreras de caballos de Fontainebleau, el último domingo fué muy grande también la concurrencia en Chateau-Thierry, donde se celebraba una fiesta en honor del fabulista Juan la Fontaine, hijo de aquel pueblo. La Fontaine nació, como es sabido, el 8 de julio de 1621, y hasta un siglo despues Chateau-Thierry no pensó en consagrar su memoria, lo que hizo erigiéndole una estatua de mármol blanco y poniendo una lápida en la casa que habitó y que existe todavía. El proyecto de una fiesta anual nació mas tarde, y se realizó el 26 de junio de 1853 por medio de una suscricion pública, desde cuya época se viene celebrando el primer domingo que sigue al día de San Juan Bautista. En 1862 ha tenido mas brillo, porque ha habido en ella un concurso de orfeones.

Todo el pueblo estaba adornado con flores y verdura; se habían improvisado fuentes y arcos de triunfo, y miles de guirnaldas orlaban los lienzos expuestos de distancia en distancia donde se veían figurados los principales episodios de las fábulas de la Fontaine.

El 29 á las once de la mañana entraban en Chateau-Thierry cincuenta sociedades musicales, cuyo imponente y alegre cortejo fué saludado con las aclamaciones de la muchedumbre.

A las cinco los concursos estaban terminados, y todas las sociedades se reunian en el hermoso paseo llamado de los Petits Prés, donde se hallaban las autoridades locales, los convidados de París, los representantes de los principales periódicos, y mas de cuatro mil espectadores.

El prefecto del departamento M. Castaing, hizo un discurso sobre los resultados de los concursos musicales; dijo que la educacion poética y musical mejora el sentimiento moral de las masas, y concluyó exponiendo, que el pagar á la Fontaine y á los hombres ilustres del pasado el tributo de admiracion y gratitud que se les debe, es preparar la via á las ilustraciones venideras.

Los vencedores en los concursos fueron proclamados con gran aplauso, y despues de la comida dada por el municipio á sus huéspedes, varios de estos fueron á visitar la casa del fabulista, humilde morada del mas humilde de los hombres de talento.

La fiesta se prolongó hasta la madrugada; las calles de Chateau-Thierry se hallaban iluminadas espléndidamente, y los bailes públicos y los fuegos artificiales que se reflejaban en las aguas del Marne hicieron que las horas de la noche trascurriesen rápidamente para los convidados á tan bello espectáculo.

En París hemos tenido el jueves último la gran solemnidad anual de la Academia francesa. Sabido es que generosamente dotada por M. de Montyon hace mas de ochenta años, la Academia ha tenido hace tiempo la feliz idea de recompensar en una misma sesion los esfuerzos literarios y las acciones virtuosas. De aquí el interés extraordinario de esa sesion anual en que un público escogido compuesto de todas las aristocracias se apresura para tener ocasion de oír á los hombres eminentes encargados de señalar las obras mas notables que en el discurso del año han producido los escritores, y los rasgos de abnegacion que han merecido fijar la atencion de la docta asamblea.

La sesion del jueves estaba presidida por M. de Montalembert, director, y M. Villemain, secretario perpétuo.

M. Villemain leyó primeramente el informe sobre el concurso, cautivando como de costumbre á su auditorio. El ilustre académico no se contenta con dar á conocer los nombres y escritos de los laureados, sino que á beneficio de su juicio crítico, sano y elevado hace la apreciacion de las obras coronadas.

Entre las producciones que han sido premiadas esta vez, figura en primer término la *Historia de Louvois*, por M. Camilo Rousset, que ha obtenido el gran premio Gobert. El historiador ha bebido en las mejores fuentes, y ha producido á la luz del día documentos auténticos que no solo aclaran hechos mal explicados hasta hoy, sino que pintan con vivo colorido el carácter particular de la época á que se refieren.

También es digna de llamar la atencion otra obra coronada por la Academia, la *Historia de la Grecia antigua*, por M. V. Duruy, trabajo lleno de erudicion que abraza la historia de la antigüedad y de los tiempos modernos.

Por último, sería injusto dejar de señalar aquí la importancia de estas otras obras coronadas también por la Academia:

Historia de los primeros siglos de la Iglesia cristiana, por M. de Prestensé;

De la filosofía en la educación clásica, por M. de Benard;

Y la Administración en Francia en los tiempos del cardenal Richelieu, por M. Caillet.

Leyendo no mas los títulos de esta interesante serie de trabajos históricos, filosóficos y administrativos, se puede venir en conocimiento de la tendencia actual de los espíritus en Francia. Diríase en efecto, que al período de la literatura propiamente dicha, la poesía lírica, la novela y el teatro, géneros hoy tan decaídos, á pesar de excepciones brillantes, ha sucedido una época de investigaciones históricas, filosóficas y científicas que domina á las inteligencias mas elevadas.

Si se quiere una prueba de esta verdad, la encontraremos en la misma sesión de que estamos tratando. Desde 1857 la Academia tiene ofrecido un premio de diez mil francos al autor de una producción dramática en tres actos cuando menos y en verso, que á la circunstancia de haber sido representada con aplauso, reuna la utilidad de la lección moral y el mérito de la composición y del lenguaje.

Estas condiciones no han debido encontrarse, puesto que la Academia no ha podido otorgar esta rica corona á ninguna obra original, y se ha limitado á premiar una traducción del *Edipo rey*, de Sófocles, hecha por M. J. Lacroix.

Y sin embargo, la producción de obras dramáticas originales desde 1857 hasta el día no ha sido escasa.

El premio de elocuencia del año 1862 se le ha llevado una señora, madama du Parquet, enteramente desconocida en el mundo literario, con su « Estudio sobre la novela en Francia desde Astrea hasta René, » que habia dado por asunto la misma Academia. Se citan como muy notables en este Estudio, las páginas dedicadas al análisis de la novela inmortal intitulada: *Pablo y Virginia*.

La sesión terminó con el informe de M. de Montalembert relativo á los premios de virtud. En años anteriores hemos dado ya á conocer esta interesante institución digna de ser imitada en todos los países, y mediante la cual una corporación literaria se halla encargada de recompensar con un donativo modesto pero glorioso, porque sale de sus manos, al pobre que socorre al pobre. Casi siempre obtienen estos premios infelices ancianas que hasta ignoran la existencia de la Academia, que sabe descubrir y pregonar sus nobles acciones. Varios de estos rasgos de virtud tan bien contados por M. de Montalembert excitaron una admiración unánime. Entre ellos hay dos que deben leerse en el discurso de M. de Montalembert, y por esto los vamos á traducir en vez de analizarlos.

« El primer puesto en vuestra agradecida admiración, dice el Informe, pertenece á Magdalena Augier. Ninguno de los que han recorrido el camino de Aviñón á Marsella de 1824 á 1847, ha podido olvidar á una jóven vestida de negro y con toca blanca que en el momento en que los coches, los viajeros y los simples transeúntes atravesaban el pueblo de Orgon, se presentaba á ellos y alargaba la mano pidiendo limosna para los pobres enfermos del hospital de esa población.

Nacida en la pobreza y consagrada desde su infancia á las faenas campestres, á la edad de veinte años vió á su hermano enfermo de peligro y curado despues de una novena que ella hizo en el venerado santuario de Notre Dame de Lumieres en el valle de Apt.

En agradecimiento á este beneficio hizo el voto de abrazar la vida religiosa; pero por falta de dote y de suficiente instrucción no pudo ser admitida en un convento. Entonces se dedicó á pedir para aliviar la suerte de los menesterosos, y comenzó la vida de trabajo incesante que ha proseguido hasta hoy, guiada en ella por el amor á Dios y al prójimo.

Durante veinte y seis años consecutivos se la ha visto invierno y verano, á pesar del calor sofocante y el polvo provenzal, á pesar del helado cierzo del mistral, siempre en su puesto, á todas las horas del día y de la noche, esperando á los transeúntes en medio de la carretera, sin que ninguno de ellos se librara de su modesta importancia.

Su único abrigo durante esos veinte y seis años ha sido una garita hecha de tablas de cinco piés cuadrados, que han comprado despues y conservado como una reliquia.

Aunque era tan jóven, y digámoslo con el alcalde de Orgon, sin que ella lo oiga y sin que jamás lo haya sabido, aunque era muy hermosa, esa cándida virgen que pasaba sus días y sus noches en medio de los postillones y los carreteros, no ha sido insultada una sola vez. La admiración pública la servia de escudo inviolable. Si alguno, nos dijo el primer magistrado de su pueblo natal, se hubiese atrevido á ofenderla en lo mas mínimo, cien brazos se habrían levantado para defenderla.

Gracias á este penoso oficio, recogía anualmente de mil ochocientos á dos mil francos, y así ha podido aumentar los escasísimos recursos de los hospitales de Orgon con mas de 50,000 francos, acumulados sueldo á sueldo mediante la mas generosa é incansable paciencia.

La edad de Magdalena hoy sexagenaria, y sobre todo el establecimiento de los ferro-carriles la han obligado á dar otro rumbo á su abnegación, pero no á debilitar sus esfuerzos, que redundan siempre en beneficio de su hermano y de un crecido número de infelices.

La Academia quiere contribuir á sus buenas obras concediéndola un premio de 3,000 francos.»

¿No parece esta breve reseña el resumen de una vida de santa? Pero dejemos continuar á M. de Montalembert, que nos va á descubrir otra historia no menos notable, no menos ignorada. Ahora ya no se trata de una heroína de la caridad procedente de la clase social mas humilde, sino de una señora criada en la opulencia y que ha consagrado su fortuna y su vida al servicio de los pobres.

« Mlle Hortensia de Gelinski, nacida hace cincuenta y siete años de una familia establecida en el Anjou, fué llevada por circunstancias particulares y siendo jóven aun á la ciudad de Digne, donde se penetró de compasión á la vista de la triste suerte de las pobres huérfanas en esa parte de la Francia, que

situada entre los pintorescos lugares del Delfinado y las fértiles playas de la Provenza, no ha recibido ninguno de los beneficios que ha deparado el cielo á esas dos comarcas.

Una voz secreta y natural la revela su vocación; y despidiéndose para siempre de su hermoso país de Anjou, se fija en el rudo clima de los Bajos Alpes para convertirse en madre y sirvienta de las huérfanas.

Con efecto, durante cinco años trabaja para prepararlas un refugio, y una vez fundado este, vende para sostenerle sus libros y sus joyas, renuncia á todas las ventajas que la prometian en el mundo su nacimiento y su fortuna; sacrifica toda la herencia de su madre y de su tia; se priva de lo necesario, hasta del legítimo consuelo de escribirse con los suyos, para no sustraer un óbolo de su hacienda en perjuicio de las hijas que ha querido darse.

Estas infelices criaturas llegan á ella en un estado de suciedad indecible; ella las limpia, las cuida, las prodiga esos servicios repugnantes que solo puede ennoblecer y explicar el amor materno.

Muy luego, para dar mayor estabilidad á su obra, añade una comunidad religiosa al refugio; pero no lo hace á fin de descargarse á costa ajena de su peso voluntario, sino que es allí á un tiempo superiora, vigilanta, maestra y enfermera.

Al lado de las huérfanas admite á sus hermanos, y las doce niñas con quienes comenzó su obra hace veinte y siete años, están representadas por ciento diez criaturas de entrambos sexos, cuidados todos con igual solicitud por su madre adoptiva, quien dota á las jóvenes que se casan y dirige los chicos hácia una carrera adaptada á sus capacidades.

Su corazón maternal les sigue aun despues de haber salido de la casa, y ellos por su parte no la olvidan. Ya ha dado al mundo sacerdotes, comerciantes, obreros, marinos y soldados, que desde el campo de batalla en donde se han distinguido, la envían el tributo de su gratitud filial.

El consejo general de los Bajos Alpes ha consignado oficialmente la utilidad de esta obra, al mismo tiempo que las altas virtudes de la fundadora; pero salvo algunos socorros temporales, la casa de huérfanos ha subsistido hasta aquí gracias únicamente á los recursos de Mlle de Gelinski, y el premio de dos mil francos que la otorgamos hoy será, como nos afirma el prefecto de los Bajos Alpes, consagrado solo á aumentar el número de los huérfanos que reciben en esa casa cuidados tan solícitos y una educación tan esmerada.»

M. de Montalembert cita otros hechos de abnegación que han merecido igualmente las recompensas académicas.

— En la página 37 de este número damos la vista del horroroso cuadro que han presentado algunos de los principales edificios de San Petersburgo, incendiados por manos desconocidas. Esta revolución de carácter social que se anuncia en Rusia de un modo tan cruento, ha causado ya estragos incalculables. En el ministerio del Interior no pudieron salvarse ni los archivos. También ha quedado destruido el Thoukini-Dvor, bazar que contenía mas de 2,000 tiendas, muchas de ellas provistas de prendas de gran valor. Las pérdidas materiales ascienden á muchos millones; pero además hay muchos miles de obreros sin trabajo, y en el comercio se cuentan catástrofes infinitas.

En Moscu, en Odesa, en Browitch y en otras ciudades del vasto imperio ruso se han cometido iguales escenas de vandalismo, en cuya consecuencia se ha proclamado por todas partes la ley marcial, y los incendiarios son ejecutados al tiempo de ser presos.

Segun las últimas noticias, estos abominables excesos han disminuido mucho, y se espera que cesen completamente, gracias al rigor que se despliega para reprimirlos.

MARIANO URRABIETA.

A Dolores.

Tengo extendido en el alma
Todo un cielo de inquietudes,
Donde el sol de la esperanza
Sus claros rayos no luce,

Porque mis negros pesares
Le visten de negras nubes,
Y ya no le dan tus ojos
Reflejos para sus tules;

Porque mi patria está lejos
Y en ella su brillo encubres,
Porque tu ausencia me mata
Sin que el recuerdo me cure,

Pues con ansia de llevarla
Donde tu fuego la alumbre,
Te mando el alma, y con ella
También mis recuerdos huyen;

Y en el hueco de mi pecho
Solo el corazón produce
Un seco y débil latido
Que cuando nace sucumbe.

¡ Si vieras, hermosa mía,
El dolor que mi alma sufre,
Las lágrimas que derrama,
Las penas que la consumen

Cuando sobre mí la noche
Su triste fulgor difunde,

Y abre sus ojos de estrellas
Que palpitando relucen,

Y oigo la voz de los vientos
Que sorda y lejana ruge,
Y nubarrones oscuros
Sobre mi frente se hundèn!

Entonces, en tí pensando,
Del fondo del alma surge
Un apagado suspiro
Que entre tormentas acude

A dar al labio una tumba
Donde sus ayes sepulte;
Que entre cadenas de lágrimas
Atado en el pecho cruce,

Hasta que roto en pedazos
De llanto, á los ojos sube
Y deja escapar doliente
En sonos gimiendo lúgubres,

Por los labios de los párpados
La voz de la pesadumbre.
Escucha, hermosa doncella
Que siempre presente tuve

En estas horas amargas
Que no ha mucho fueron dulces,
Vaga imagen de mis sueños,
Inspiración de mi númen,

La que por doncella encantas
Y por hermosa presumes;
Si no he de ver el tesoro
Que de bellezas reunes

Y del beso de tu boca
No he de aspirar el perfume;
Si de tus brillantes ojos
No he de contemplar las luces,

— Ojos tan provocadores,
Que cuando á mirarte acudes
En los cristales del agua
Te ruboriza su lumbré, —

Si no he de subir al cielo
En brazos de tus virtudes,
Que nunca torne á mi patria
Ni sus campiñas saludé,

Ni mire flotar la espuma
De los mares andaluces,
Ni vuelvan á ver mis ojos
Aquellas alzadas cumbres

Escarpadas y soberbias
De sus montañas azules,
Que el aire va coronando
Con sus turbantes de nubes.

No esperes que en la esperanza
Consuelo á mis penas busque,
Ni que á mi furia me enfregue,
Ni que airado al cielo culpe;
Que es la muerte mi destino,
Y ya el destino se cumple.

Tengo extendido en el alma
Todo un cielo de inquietudes;
Tú eres el sol de mi cielo,
Y pues de luto te cubres,

Mañana cuando la aurora
De sombra al mundo desnude,
Diré á la aurora, llorando
En queja sentida y fúnebre:

Deten tus rayos, con ellos
No mis ilusiones turbes,
Que en el mundo empieza el día
Pero en mi vida concluye.

J. M. MONROY.

Ferro-carril de Negapatam a Trichinopoly.

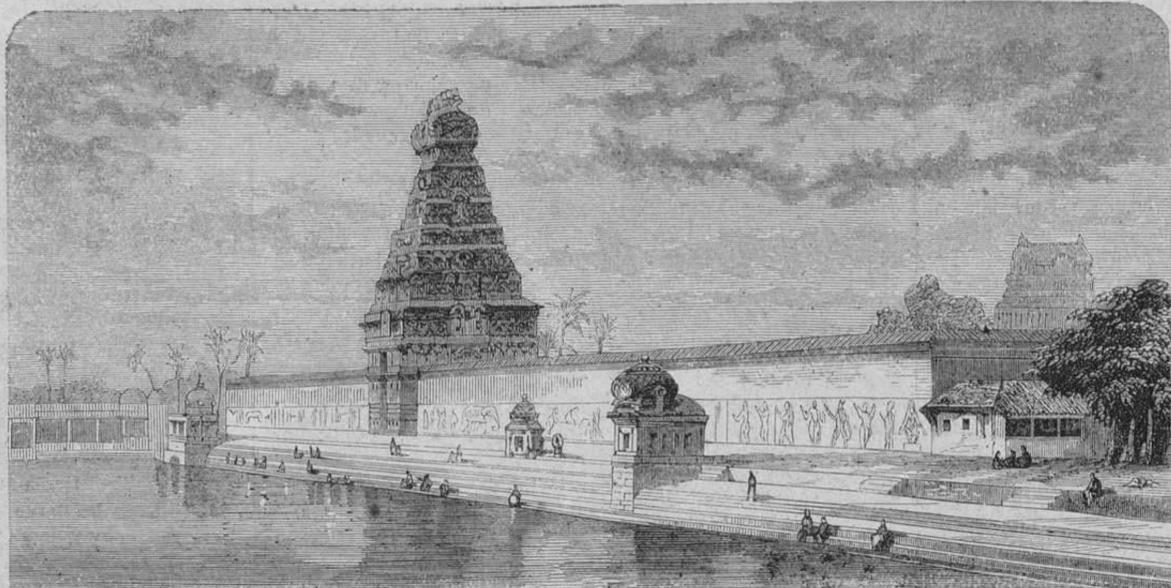
(INDIAS OCCIDENTALES.)

(Conclusion. — Véase el número 494.)

A pesar de las dificultades de todo género procedentes de la novedad de la empresa en un país que no ha dejado de ser indio, de la naturaleza del terreno, que en una extensión de 15 millas está compuesto de rocas de granito, y sometido en lo restante del trayecto á las inundaciones periódicas del Cavery, las obras del ferro-carril comenzadas activamente en agosto de 1859, pudieron ser terminadas en menos de tres años, gra-

cias á la entendida direccion del ingeniero en jefe, M. Carr. Desde un principio se estableció un alambre eléctrico de Negapatam á Trichinopoly, que fué puesto á la disposicion del público, reuniendo así esta gran ciudad con Gales, Madras, Calcuta, etc. Estos brillantes resultados honran sobremanera á M. Carr, conocido ya en Inglaterra por grandes obras de ese género, así como tambien á los ingenieros que trabajaron bajo su direccion. Por último, la compañía debe igualmente una parte de los resultados que se promete de la explotacion, al talento del administrador delegado en la India, M. Betts.

¡Un ferro-carril funcionando en la tierra sagrada



Vista interior de la pagoda de Trivalore.

del delta del Cavery!..... ¡Sombras de las antiguas generaciones brahmanicas, habeis debido estremeceros de sorpresa al ver á vuestros hijos *civilizados* pasando entre los *extranjeros* por delante de vuestros empolvados sepulcros, en coches que corrian con la rapidez de la flecha!

Esta línea pasa por ochenta y nueve puentes y doscientos cincuenta y siete puentecillos. Dicese que las obras han costado menos que las de los demás railways de la India, si se tienen en cuenta las dificultades que se han vencido. Se calcula el total, contando todo, locomotoras, material, estaciones, talleres, etc., en 7,500 libras esterlinas.

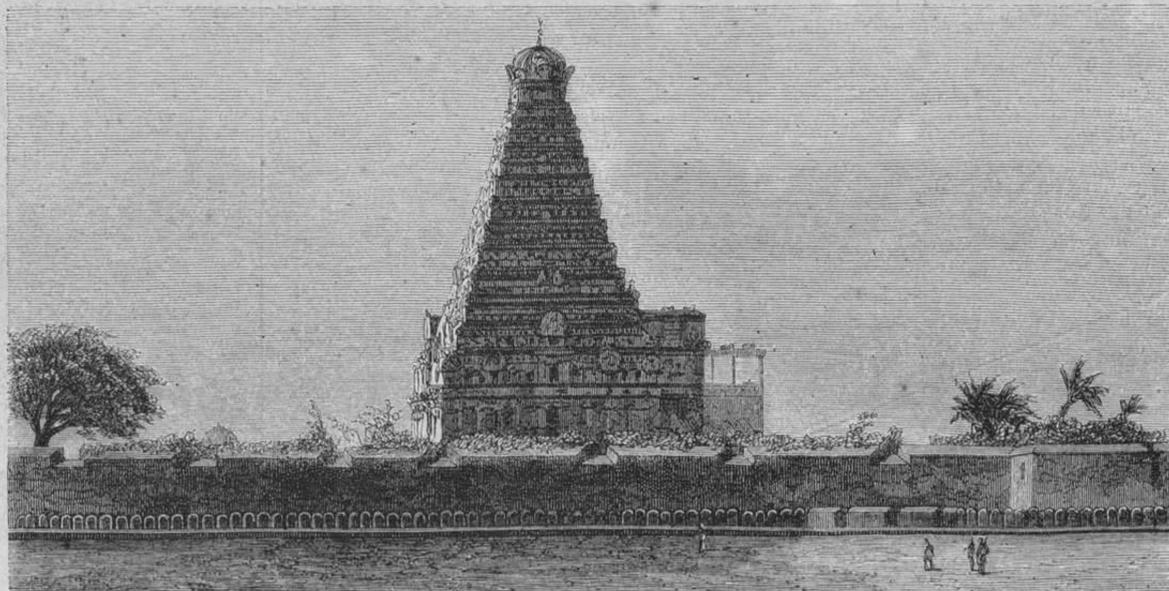


Bazar-street en Trichinopoly.

Esta seccion de 79 millas de Negapatam á Trichinopoly, es el primer ramal de la gran red del Sur de la India, destinada á reunir Trichinopoly con Tuticorin, cerca del cabo Comorin, pasando por Maduré, Dindigul y Tinnevelly.

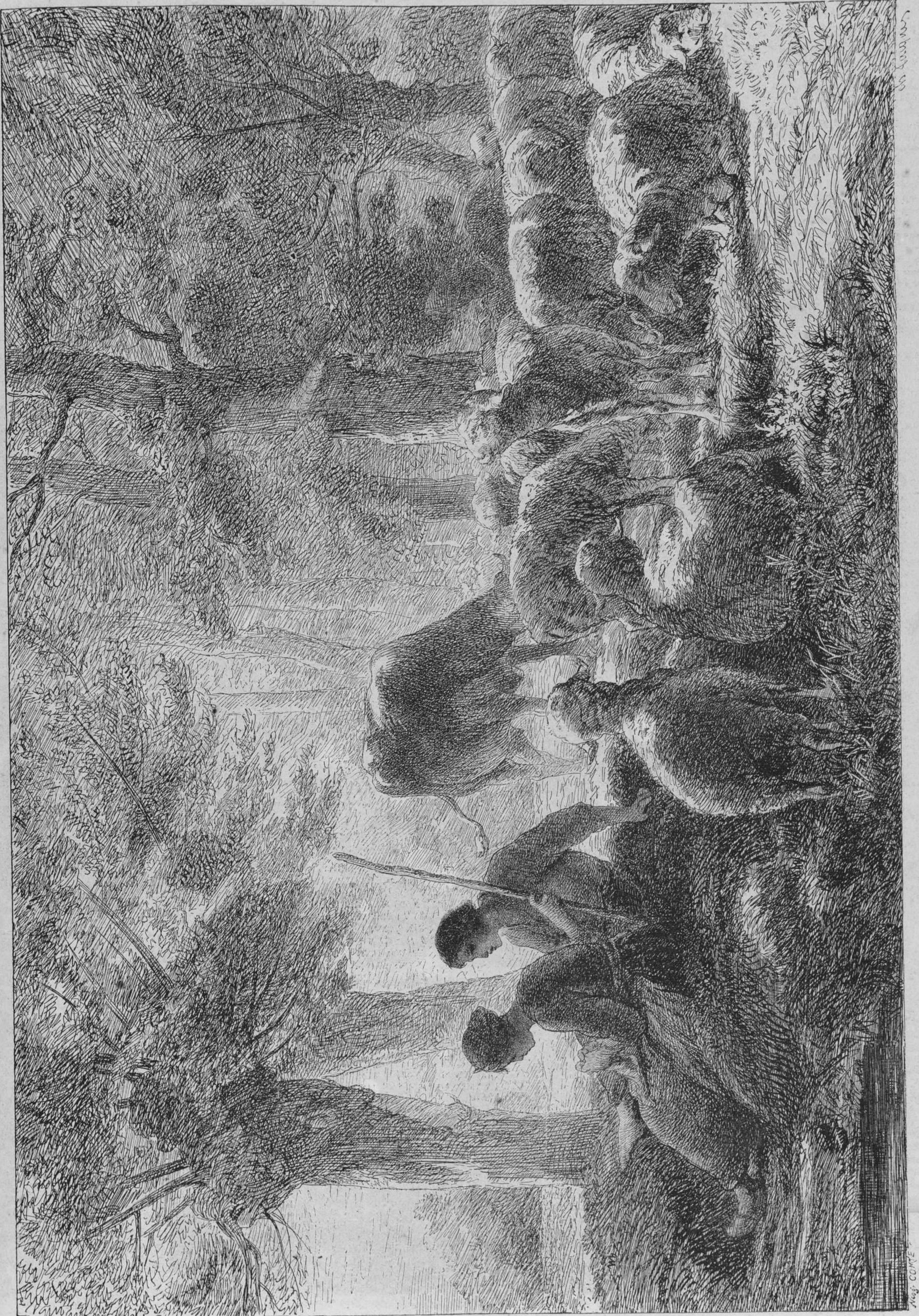
Otro ramal reunira tambien Trichinopoly con la línea que de Madras corta la península pasando por Salem y Coimbatour, y va á parar á Beypour en la costa de Malabar. Esta red comprendera 270 millas de via férrea.

Permitáseme ahora que considere los recursos y el porvenir de esta compañía. En la mayor parte de su trayecto, la línea atraviesa un país magníficamente cultivado de arroz,



La pagoda de Tanjour.

y que contiene una población numerosa. Negapatam cuenta unos 30,000 habitantes, Tanjour otros tantos, y Trichinopoly 80,000; las estaciones intermedias tambien están regularmente pobladas. Los pueblos que sirve esta línea son en su mayor parte manufactureros, y el movimiento agrícola y comercial que ya se ha producido, pronostica un buen porvenir. Tuticorin y Negapatam ofrecen fondeaderos muy superiores al de Madras, y están llamados á ser los principales puertos del Sur de la India. Tuticorin en particular, es notable por su abrigo seguro en toda estación, y es el primer puerto que hallan los buques en su camino en la India.



El rebaño.

MAG. COMTE

Los principales productos de las provincias que alimentan el ferrocarril son el salitre, el arroz, el sesamo, los algodones, los azúcares y los cafés de Salem, así como todos los ingredientes necesarios para la subsistencia de los indios; no hay duda que llegarán a formar un movimiento comercial considerable. Todos estos artículos, que por la dificultad y mal estado de los caminos se perdían en los lugares de producción, afluirán en los puertos, y favoreciendo la agricultura, tomarán mucho vuelo los negocios. Esta parte de la India, muy rica y productiva ya, contiene inmensos terrenos propios para el cultivo del algodón, y si la agricultura tuviese aquí un fomento proporcionado, se podría pronosticar que en veinte años se doblaría el valor del país con gran beneficio de las rentas de la India y de los grandes mercados de algodón de Europa.

Ya se ha hecho sentir la necesidad de líneas de vapores. Desde hace dos meses hay comunicaciones directas con Madras, Calcuta, Rangoun y toda la costa de Orixá, así como hay también una nueva línea de steamers entre Negapatam, Colombo, Tuticorin, Cochin, la costa de Malabar y Bombay. Finalmente, la gran línea francesa de los vapores de las Mensagerías imperiales que llegará a Karikal, reunirá próximamente por ese punto el Sur de la India con su inmenso trayecto en los mares de la Europa, de la India y de la China.

El señor comandante Textor de Ravisi, con una perseverancia admirable que le ha granjeado la estimación de todos sus administrados, ha demostrado hace tiempo la ventaja de un ramal férreo entre Karikal y el *Great-Southern*.

La compañía se ocupa también de la cuestión muy activamente, y el ingeniero en jefe, en su último informe dirigido al consejo de administración en Londres, se ha pronunciado en favor de la ejecución de ese ramal.

Por su parte, el gobierno del emperador Napoleón, tan celoso en cuanto al porvenir de los establecimientos franceses de la India, ha hecho presentar una solución favorable y próxima en la exposición general de la situación del imperio (enero de 1862).

Los intereses ingleses y franceses son los mismos en esa empresa: Negapatam y Karikal encontrarán en ella beneficios recíprocos.

C. N. P.

El mérito y la fama.

Los placeres sensuales no satisfacen nuestras aspiraciones. Y es que sobre nuestra organización material se encuentra un principio más sublime, el principio espiritual, el alma humana. Y no confundamos el alma del hombre con su principio vital. Todos los irracionales y aun los vegetales tienen su vida propia: será la sangre la que anime a los primeros con sus propiedades misteriosas. Será la savia la que anime a los segundos, y favorezca su crecimiento e influya en su desarrollo. Por eso ha dicho con gran fundamento un profundo naturalista: *animalia crescunt et vivunt et sentiunt; vegetalia crescunt et vivunt; mineralia crescunt*. Y señaló a los tres reinos que son el objeto constante de su estudio, las propiedades más generales que les caracterizan, distinguiendo a la vez sus funciones respectivas: *el reino animal crece y vive y siente; el vegetal crece y vive; el mineral crece*. Pero en el reino animal, como tampoco en los otros, admitió excepciones. El animal racional y el irracional crecen y viven y sienten. Pero en su crecimiento, en su vida y en su sensibilidad podríamos señalarles grandes diferencias; mas no es ese nuestro propósito. Vamos a prescindir de los fenómenos orgánicos y aun de la influencia paladina que sobre ellos ejerce el principio espiritual, para consagrar nuestros comentarios a las aspiraciones inherentes a nuestra alma.

Siendo el hombre un ser perfectible, natural, encontramos el deseo de mejorar su individuo, de engrandecerlo, de elevarlo. Pero no aspira solamente a su perfección individual, no se limita a aumentar el poder de sus facultades, no se concreta a aplicarlas con la voluntad más firme, no: los deseos del hombre no se encierran en límites estrechos, no pueden contarse, ni apreciarse, ni medirse. La idea de la inmensidad que es el adjetivo del supremo poder viene a reflejarse en el espíritu humano, en sus concepciones, en sus exigencias, en sus necesidades. Las necesidades de la materia animada se llenan cumplidamente en la tierra, las necesidades del alma no pueden cumplirse en el mundo. El gran Ordenador acudió a todas las exigencias de los vivientes, pero la vida del espíritu no es la vida de los otros seres; sus aspiraciones, sus deseos, sus esperanzas solo se cumplirán, y se realizarán, y se verán satisfechas en la celestial morada. De otro modo, en la obra de Dios se encontraría el mayor de los defectos, en el edificio que construyó el gran Arquitecto se observaría un gran vacío, en las leyes del Legislador universal faltaría la más importante, la que hubiera de conciliar el deseo más inefable con la más sublime de las satisfacciones, el amor y la correspondencia de la verdad absoluta. Pero no hemos de llevar nuestras exigencias hasta un terreno vedado, hasta una región divina, hasta la posesión de los secretos que nos oculta el mundo de la materia.

Y no hemos de ir tan adelante en nuestras reflexiones. Basta saber que además de nuestras necesidades materiales, sentimos otras de un orden más elevado, y que entre ellas figura muy principalmente el deseo de

perfeccionarnos. Comprendemos la superioridad que distingue a determinadas personas, no ignoramos el excesivo valor de las virtudes, y nos afanamos por adquirirlas. Y desde el momento que tenemos conciencia de nuestro valor moral hemos satisfecho una necesidad imperiosa, la necesidad de obedecer a la ley del progreso. Pero como nuestras aspiraciones son inmensas, como nuestros deseos son ilimitados, como nuestras exigencias son infinitas, hé aquí la razón de que nunca se detienen, de que nada les satisface por completo, de que el vuelo de la inteligencia las extiende por los más dilatados e incommensurables espacios. No nos llena suficientemente la tranquilidad de nuestra conciencia; no nos basta haber cumplido con nuestros deberes; no nos conformamos con el bienestar de una alma pura; no transigimos con nuestro propio mérito, queremos algo más, pretendemos la fama, y nada perdonamos por conquistarla.

El mérito y la fama: hé aquí dos circunstancias que realmente deberían unirse, que no las comprendemos separadas, que parece se intiman hasta confundirse, y que solo se pueden distinguir por ser la una la causa y la otra su efecto, por encontrarse enlazadas por el más estrecho vínculo, por ser la fama la consecuencia inmediata del mérito. Así debiera acontecer si las relaciones sociales se fundaran en una buena lógica, si nuestro criterio juzgara con acierto, si el error no se presentara bajo tantas y tan variadas fases a nuestra consideración. Pero desgraciadamente las relaciones sociales se fundan sobre débiles cimientos, y el buen sentido no acompaña a nuestros juicios, y el error nos fascina, y nos desvía, y nos engaña. Por eso no conocemos bien a todos los individuos que nos rodean, y no sabemos apreciar sus virtudes, y no podemos comprender su verdadero mérito. Así es, que cuando calificamos el talento, las disposiciones o la aptitud de una persona, rara es la vez que lo hacemos con pleno conocimiento de causa, y al juzgar tan ligeramente y al fallar con tan poca prudencia incurrimos en fallas considerables que influyen en la reputación, en el prestigio o en la fama de quien solo hemos conocido por la superficie.

Pero antes de referir o concretar nuestras consideraciones al mérito y la fama, debemos observar algunos fenómenos que son bien dignos de notarse. Nuestro mérito procederá siempre de nuestras buenas dotes, de nuestras recomendables circunstancias, de nuestras prendas relevantes. Pero nuestras dotes, nuestras circunstancias, nuestras prendas, tienen su origen o en la naturaleza que nos las ha prodigado gratuitamente, o en nuestras virtudes que las han conquistado. Realmente, debiera fundarse nuestro legítimo orgullo en todas las cualidades adquiridas por la voluntad, por los sacrificios, por la abnegación, por los sufrimientos, por el heroísmo; no en aquellas que derramó sobre nosotros la mano de la Providencia, y que las conseguimos sin esfuerzo, y que las poseemos sin merecerlas. Porque nadie merece lo que no ha ganado, nadie debe aspirar al premio que no llegó a conquistar. Y es que la palabra mérito parece significar el reconocimiento o la existencia de la virtud. Pero no hemos de extender la acepción de la virtud a todas las buenas cualidades que radiquen en el hombre, sino limitarlas a todas las que haya adquirido con la fuerza de su voluntad, con el dominio de sus pasiones, con el triunfo de su razón sobre sus tendencias materiales.

Hay ciertas frases admitidas vulgarmente que explican más que todas las definiciones científicas. Oímos decir con frecuencia: *Antonio ó Juan ó Pedro ha obtenido un cargo que no merece, ó a Pedro se le ha adjudicado un destino que no lo merece con los títulos de Juan, ó Antonio, que se distingue por su honradez y aplicación no ha conseguido la plaza que con tanta justicia solicitó*.

Luego la palabra mérito la usan para significar los títulos morales de una persona, para acreditar sus virtudes, para demostrar su honradez. Pero aun falta algo más para restringir o encerrar en sus verdaderos límites el significado de esta palabra. Se dice, y es muy cierto, que Juan merece más que Pedro ó Pedro más que Juan; pero es también muy frecuente no fundar el merecimiento más que en algunas prendas adquiridas por título gracioso, no en las cualidades que se han conseguido con el imperio de la voluntad.

Pero esta materia exige de suyo mucha exactitud en sus términos y claridad en su explicación. Si fuéramos a apreciar las circunstancias de un individuo para otorgarle absolutamente un premio, entonces deberíamos limitar nuestro examen a sus cualidades morales, a su honradez, a su virtud. Pero como el premio absoluto de la virtud no se encuentra en el mundo, y al juzgar el valor de las personas, tenemos más en cuenta su aptitud para prestar servicios, que su bondad para merecer recompensas, hé aquí explicado satisfactoriamente este hecho que en apariencia envuelve contradicción. Luego podemos ya distinguir el mérito que procede de la naturaleza del que depende de nuestra voluntad. Luego es fácil separar las prendas que la Providencia nos prodigó, de aquellas otras cualidades que nos proporcionaron nuestras virtudes. Dos personas de idénticas virtudes, pero cuyas prendas físicas e intelectuales difieran en mucho, valdrán igualmente ante Dios, pero se apreciarán distintamente en el mundo, se estimará más la que más bienes haya de producir con su trabajo, la que más utilidad procure con su ingenio, y merecerá más, porque reportará mayores ventajas a la sociedad, no porque haya merecido más con sus esfuerzos. Luego la fama debe acompañar naturalmente al mérito; pero es necesario que además de existir en la realidad o en la apariencia, se reconozca, se aprecie, se enaltezca.

Y hemos dicho que para que la fama exista es necesario el mérito real ó aparente, pero reconocido; pues fácil nos será demostrar que las reputaciones usurpadas superan en número a las reputaciones justas, y que la fama de los hombres no encuentra su origen generalmente en el verdadero mérito.

Pero antes de proseguir con nuestras consideraciones debemos de fijar la atención en otro fenómeno que se observa constantemente. Es bien notorio que el mérito que procede de nuestras virtudes es más recomendable, más digno de premio que el que nace de nuestras dotes naturales. El talento de algunos individuos es una cualidad inestimable y que sin embargo no significa una virtud sino un privilegio. La aplicación de otros es circunstancia que abona en mucho a la persona en quien radica. Luego, siendo imparciales, debiéramos apreciar en más al hombre que se distingue por la brillantez de su inteligencia; pues la primera de estas cualidades la debe el hombre a sus esfuerzos, a su laboriosidad, a su constancia; la segunda no la debe más que a la Providencia.

Y siendo justos, debiéramos rendir más homenaje a la aplicación que al talento, y debiéramos fundar nuestro legítimo orgullo en las conquistas de nuestro trabajo, no en las de nuestro genio. Pero ¿sucede así? La práctica nos repite lo contrario. Y ¿por qué? Si hemos hecho notar ese deseo innato en el hombre a perfeccionarse, ese afán por aumentar el poder de sus facultades, ese anhelo de satisfacer todas sus aspiraciones, también hemos afirmado con abundancia de razón, que el hombre no se limita a aumentar su valor, sino que aspira a que se le reconozca, a que se le admire, a que se le aplauda. Y siendo esto evidente, clara se ve la causa que influye en el hombre para que se jacte y se envanezca de su talento y no de su aplicación.

Decir a un hombre que ha puesto todos los medios para dar cima a una empresa y que no lo ha conseguido; es circunscribirle, y reducirle y concretarle su poder. Y el hombre no puede conformarse con un juicio que le limite, y le reduzca, y le empequeñezca. Por eso aceptamos de buen grado la calificación de indolentes, de desidiosos, de abandonados; pues en este caso no hieren nuestra inteligencia sino nuestra voluntad, y la voluntad podemos cambiarla porque somos libres, pero la inteligencia no podemos elevarla a nuestro arbitrio. Por eso habrá muy pocos que pretendieran dar a conocer el mérito de su aplicación para conquistar la fama de laboriosos, y apenas se encontrará uno que lleve su modestia hasta el extremo de renunciar a la fama del talento.

El hombre aspira a la reputación de honrado, de valiente, de genio. Todos pueden conquistar las dos primeras cualidades; la última la otorga Dios, no depende de nuestra voluntad. Hay ciertos hombres que traen más predisposición que otros para la virtud; pero el que la desea, el que la quiere, el que la pretende la consigue, y el virtuoso es honrado. Hay otros que por su temperamento son más arriesgados, que desafían el peligro, que desprecian la muerte, pero eso es la temeridad, no es el valor. El valor consiste en sacrificar todas nuestras pasiones, todos nuestros sentimientos, todos nuestros afectos a la causa de la justicia, de la razón y de la verdad, y esto lo consigue el hombre que quiere con eficacia, el hombre que tiene voluntad verdadera. Pero ¿bastarán los esfuerzos de la voluntad para adquirir la reputación del talento? Inútil y superfluo fuera emplear comentarios para apoyar una contestación negativa. Podrá adquirir fama de genio un hombre de modestos alcances entre inteligencias de pigmeos, pero la fama justificada no la puede conquistar sino el privilegiado por la naturaleza.

La verdadera fama de honrado la conquistará el hombre que sacrifique todos sus afectos a su voluntad racional. La fama de valiente la consigue el que arriesga su vida por la causa que defiende.

Pero hay otra circunstancia que influye demasiado en la fama, y suele ser la posición particular de la persona. El caudillo que ha acreditado su valor en el combate es acogido a su vuelta con entusiasmo, con admiración, con aplauso. Y ¿cuántos héroes quizás más filantrópicos no se contarán entre sus soldados? Este es un hecho evidente en que el sentido común no hace alto. El brillo de una espada, el entorchado, las cruces del caudillo le impresionan, y la impresión despierta el entusiasmo, y el corazón absorbe todo su ser.

Y ¿será mayor el mérito del que lleva la fama que el de los héroes sin nombre?

Las ciencias, las letras y las artes dan también brillo a ciertas medianías, y ocultan en el silencio de la modestia a esclarecidos varones. También la tormenta arroja sobre la playa piedras de gran valor, pero guarda otras más preciosas en el seno de los mares. El brillo de las reputaciones falsas se eclipsará muy pronto; pues el espíritu de publicidad que tanto se desenvuelve en los tiempos que corremos, establecerá la verdadera relación entre el mérito y la fama.

JUAN CANCIO MENA.

El drama de la condesa Lavalette.

Basta pronunciar en Francia el nombre de Lavalette para sentir al punto los efectos de la más ardiente simpatía. No hay una francesa que no diga con orgullo cuando llega el caso:

— Soy compatriota de la condesa Lavalette.

Nuestra publicación semanal huye de la política lo mas que puede, y si hoy de paso necesitamos señalar ciertas fechas y emplear ciertos nombres históricos, es porque nos hemos propuesto contar un episodio de una época en que se hallaban muy excitadas las pasiones.

M. Lavalette, hermoso y brillante oficial de los ejércitos franceses, llamó en su juventud la atención del general Bonaparte, quien en los tiempos de la expedición a Egipto, le llevó en su compañía en clase de ayudante.

Mas tarde, algunos años despues de proclamado el Imperio, como la vida militar no entrara ya en los gustos de M. Lavalette, el jefe del Estado le confió uno de los cargos mas importantes del país, la dirección de correos, en cuyo desempeño se distinguió sobremanera.

Concluida la campaña de Moscou, en 1814, M. Lavalette se retiró a la vida privada, y abrigaba el designio de no apartarse de ella, cuando tuvo lugar el desembarco de la isla de Elba.

Al regreso de Napoleon, M. Lavalette volvió a ocupar la dirección de correos, y esto sin esperar siquiera el nombramiento del emperador, que no podía ser dudoso.

Los Cien Dias pasaron muy luego; llegó Watterloo, y el Imperio cayó por segunda vez.

Mientras los extranjeros ocupaban París, prendieron a M. Lavalette como cómplice de la revolución del 20 de marzo, y por consiguiente como culpable del crimen de alta traición.

Bajo este concepto fué condenado a la pena de muerte, lo mismo que lo había sido el mariscal Ney.

M. Lavalette tenía muchas y muy poderosas relaciones; puso a todos sus amigos en movimiento, pero vanamente.

Apeló en Casación contra la sentencia que pesaba contra él; ¡trabajo inútil!

Se dirigió al rey Luis XVIII pidiendo indulto, y su súplica fué desatendida.

Finalmente, en el último extremo escribió al comandante de la plaza de París:

« Sabré morir, pero quisiera morir como soldado. Mandad que me fusilen, en vez de ser ejecutado en la plaza de la Greve. »

La respuesta fué que lo que pedía era imposible.

Sin embargo el tiempo trascurría, el tribunal de Casación había desestimado, como he dicho, la apelación del reo; la súplica de indulto presentada segunda vez al rey por la señora de Lavalette y vanamente apoyada por el animoso celo del duque de Ragusa, había tenido la misma suerte.

El día de la ejecución estaba próximo, y todo anunciaba el momento fatal al desdichado; hasta los carceleros no se acercaban a él sino temblando de emoción y de lástima.

La víspera de ese día supremo, la condesa Lavalette penetró en la cárcel, la Consergeria; llevaba un vestido de merino ricamente guarnecido de pieles, que tenía costumbre de usar para salir de los bailes, y además tenía en su seno una falda de tafetan negro.

Al ver a su marido, dominando su emoción le dijo con voz firme:

— Todo está perdido, el rey no perdona, y la única esperanza está en la fuga.

— ¿Y cómo escaparse de aquí? murmuró el reo. Mira esas puertas forradas de hierro, esas rejas, esas paredes y toda esta cárcel guardada por mil quinientos hombres armados.

— Hay un medio.

— ¿Cuál es?

Como estaban solos, la condesa responde enseñándole los vestidos de mujer que llevaba consigo.

M. de Lavalette se sonrió con amargura.

— ¿Crees, amiga mía, que se puede salir de aquí no mas que a beneficio de un vestido?

— No se trata solo de un disfraz. Todas las precauciones están tomadas para asegurar la evasión. Escúchame.

— Habla.

— Una silla de manos te recibirá a la salida de la cárcel; un cabriolé te espera en el muelle de los Orfevres, y en la esquina de la tercera calle, cuando ya nadie pueda seguirte la pista, un buen amigo te conducirá a un retiro seguro. Vamos, el tiempo urge, apresurémonos.

M. Lavalette la escuchaba sin que pareciera aprobar tan aventurado proyecto. Estaba resignado a morir y no quería escaparse.

— Vaya por la tragedia, exclamó, sufriré la muerte, pero me es imposible figurar en una pieza ridícula. Me prenderán con mi grotesco disfraz, y entonces seré entregado a la bafa del populacho.

— No te prenderán, me lo dice el corazón.

— Pues bien, convengo en ello. Pero si me libro yo de los que quieren matarme, en cambio te tengo que abandonar a ti a la violencia de los carceleros y a las persecuciones de mis enemigos. No, no, prefiero morir mil veces.

— Si mueres tú, también moriré yo. Salva tu vida si quieres salvar la de tu esposa.

Viendo la energía con que se obstinaba la condesa en su proyecto, el preso acabó por ceder a sus instancias.

— No perdamos un instante, repuso la animosa señora. Es preciso que te vistas y que salgas. No quiero despedidas ni lloros, tus horas están contadas, no lo olvides.

Y cuando estuvo disfrazado, añadió:

— Hasta la vista. No dejes de bajar la cabeza al pasar por la puerta a fin de que no se enganchen las plumas del sombrero.

Y dichas estas palabras tiró del cordón de la campanilla y se escondió detrás de un biombo, donde se había

vestido de hombre, para engañar lo mas que pudiese al carcelero.

La puerta se abrió, y pasó el reo seguido de una doncella de su señora y sostenido por su hija.

¡Dios sabe cómo palpitaba su corazón al atravesar los largos y sombríos corredores de la Consergeria!

Por fin las tres personas se encontraron fuera de la cárcel.

Al llegar cerca de la silla de manos, vió que los mozos no estaban, y por otra parte distinguió un grupo de los soldados de guardia que se habían reunido para ver pasar a la esposa de M. Lavalette y que miraban inmóviles.

¡Fué aquel un terrible instante!

Por fin llegaron los criados y la silla se puso en movimiento.

Algunos minutos despues un cabriolé, llevado con toda la velocidad de un caballo brioso, hacia resonar el empedrado del puente de San Miguel.

Dieron dos ó tres rodeos: ya era imposible que nadie siguiera a M. Lavalette.

Esto pasaba el 23 de diciembre, y M. Lavalette permaneció oculto en París hasta el 10 de enero.

Al otro día de la evasión todo París supo la noticia. Cuando los carceleros entraron en el calabozo, la heroica mujer exclamó:

— Soy la condesa Lavalette, y me acuso de haber salvado la vida a mi marido.

La prefectura de policía entera y verdadera se puso en movimiento; y en cuanto a los parisienses, no hablaban de otra cosa.

En los salones, en los casinos, en el teatro, en los paseos públicos, todo el mundo tenía en la boca el nombre de la condesa, todo el mundo decía:

— ¡Qué amor tan puro y noble! ¡Y qué valor!

Un favor singular de la fortuna había dado por asilo a M. Lavalette el mismo techo bajo el cual vivía uno de sus enemigos políticos, poderoso por su nombre y su influencia.

En la guardilla que habitaba el ex-director de correos oía pregonar por las calles los bandos de policía por los que se mandaba buscar y prender su persona.

Desde el día de la evasión, las barreras estaban cerradas y a nadie se daba pasaporte; por todos los caminos de Francia corrían estafetas con las señas del fugitivo.

— ¡Juro que caerá en mis redes! decía el ministro de la policía.

M. Lavalette vivía entre tantos peligros bajo la protección de personas desconocidas que le ayudaban a soportar la angustia de su retiro.

Pasaba los días en entretenidas conversaciones y variadas lecturas.

Una pistola de dos cañones oculta bajo la almohada como un talisman de salvación, aseguraba algun descanso a sus noches.

Esta vida duró dos semanas.

Por fin, el 9 de enero de 1816 a las ocho de la noche, se fué a pie con un amigo a casa del capitán Hutensin, y en la mañana siguiente, a la misma hora en que levantaban en la plaza de Greve el poste de infamia para su ejecución en efigie, M. Lavalette, revestido con un uniforme inglés, partía con el general Wilson, atravesaba las barreras de París en un cabriolé descubierto, y luego la Francia hasta Mons.

Durante este viaje, M. Lavalette que no sabía una palabra de inglés, se veía en la precisión de tener constantemente aplicado un pañuelo a su megilla, como si padeciese un dolor de muelas, para no tener que responder a los numerosos oficiales ingleses que reconociendo a su guía los detenían en el camino.

Una vez en Compiègne le contó un viajero en la sala común de una posada la historia de su evasión, con circunstancias ridiculas, y repitiendo a cada palabra:

— Podeis creerme, yo me hallaba en París aquel día.

Otra vez, cerca de la frontera, un capitán de gendarmería pidió los pasaportes y se los llevó; el de M. Lavalette llevaba el nombre de sir Cossar, oficial general.

El capitán volvió un rato despues diciendo que no había ningun general de ese nombre en los ejércitos ingleses.

— Así pues, añadió, no pasareis, al menos hasta nueva orden.

El general Wilson comprendió que tenía que apelar a un golpe de audacia, sin lo cual entrambos estaban perdidos.

— Veo que tenéis gana de broma, dijo al capitán de gendarmería. ¿Acaso yo, Wilson, general del ejército de Su Majestad Británica, me prestaría a un subterfugio? Pero los tontos somos nosotros que os damos oído.

Y al hablar así, hizo una señal a los postillones y estos arrancaron al galope.

Cuando el fugitivo llegó por fin a Mons, su generoso guía tuvo que abandonarle, pues no podía ir mas lejos. M. Lavalette dominado por una emoción profunda, estrechaba las manos del general y le manifestaba toda su gratitud; pero él conservando toda su gravedad no hacía mas que sonreírse.

Al cabo de media hora de silencio, el inglés se volvió por fin hacia M. Lavalette y le preguntó con mucha seriedad:

— Una pregunta, mi querido amigo; ¿os dignaríais explicarme ahora porque no queríais ser guillotinado?

M. Lavalette le miraba sorprendido sin responder.

— Sí, añadió el general Wilson, me han dicho en París que habíais pedido como un favor el ser fusilado.

El ex-director general de correos contestó esta vez:

— Es que en Francia el hombre a quien van a gui-

llotinar, es llevado en una carreta con las manos atadas a la espalda; luego le sujetan a una tabla que empujan debajo de la cuchilla...

— ¡Ah! comprendo, mi querido amigo, repuso el general Wilson, no queríais ser degollado como un carnero.

Se estrecharon la mano y se abrazaron tiernamente.

— Toda mi vida os agradeceré lo que habeis hecho por mí, repuso el ex-ayudante de Napoleon. Volved a París y emplead vuestra influencia y la de los amigos para que pongan en libertad a mi señora.

A los dos días el fugitivo atravesaba la Alemania, y poco despues tocaba al hospitalario territorio de la Baviera, donde Eugenio Beauharnais le había ofrecido un asilo.

El rey le recibió muy afable, y le protegió contra el ministro francés que exigía su extradición.

En el momento en que se hacían reclamaciones sobre el asunto, intervino una señora con un valor viril: era la duquesa de Saint-Leu (la reina de Holanda) quien le ofreció su casa.

— No le arrancarán de ella sin matarme a mí, decía la princesa.

Las iras políticas tienen una cosa buena, y es que se calman pronto. Una vez que el trono de Luis XVIII se hubo asegurado, el rey se mostró clemente. Intercedieron algunos amigos y M. Lavalette obtuvo su gracia.

— ¡Voy a ver a la condesa! se decía M. Lavalette derramando lágrimas de alegría.

¡Ay! Para no entristecer su destierro le habían ocultado una parte de la verdad. Cuando llegó a París, en medio de las felicitaciones que saludaban su vuelta, una voz permaneció muda... ¡era la voz de su esposa!...

Desde aquel momento decisivo en que con tanta energía le mandó que huyera y se quedó como en rehenes ocupando su puesto, no le había vuelto a ver; y ahora le veía de nuevo sin emoción y sin lágrimas.

¿Se sabe siquiera si le reconoció? ¡Infortunada! Había gastado toda su razón para salvarle.

Esta última prueba sobrepujaba a todas las demás: M. Lavalette se quedó anonadado.

Hé aquí las palabras que dirigió al rey:

« Vuestra Majestad me ha devuelto bienes que estimaba yo mas que la vida; pero ni la soberanía real podría hacerme olvidar mi desgracia presente. »

Su deber estaba bien trazado en presencia de tan infausto suceso; M. Lavalette renunció al mundo donde había dejado tan brillantes recuerdos y tan fieles amigos, y si se exceptúa el viaje que hizo a Londres en 1824 para apoyar la elección del general Wilson, vivió en la soledad mas completa.

— No debo tener otro cuidado que el de mi señora, se decía.

Y en efecto, la consagró su vida entera. ¿Porqué no decirlo? Devolvió a su heroica esposa, en cuidados diarios, en piadosas y delicadas atenciones, casi lo mismo que de ella había recibido, y cuando llegó la hora de su muerte, a fines de la Restauración, pudo morir tranquilo: había pagado su deuda.

Nada mas se ha dicho de la condesa Lavalette; pero ¿qué le hace? Un solo rasgo basta para que su nombre, siempre venerado, no perezca nunca.

F. A.

Establecimiento de filaturas y tejidos

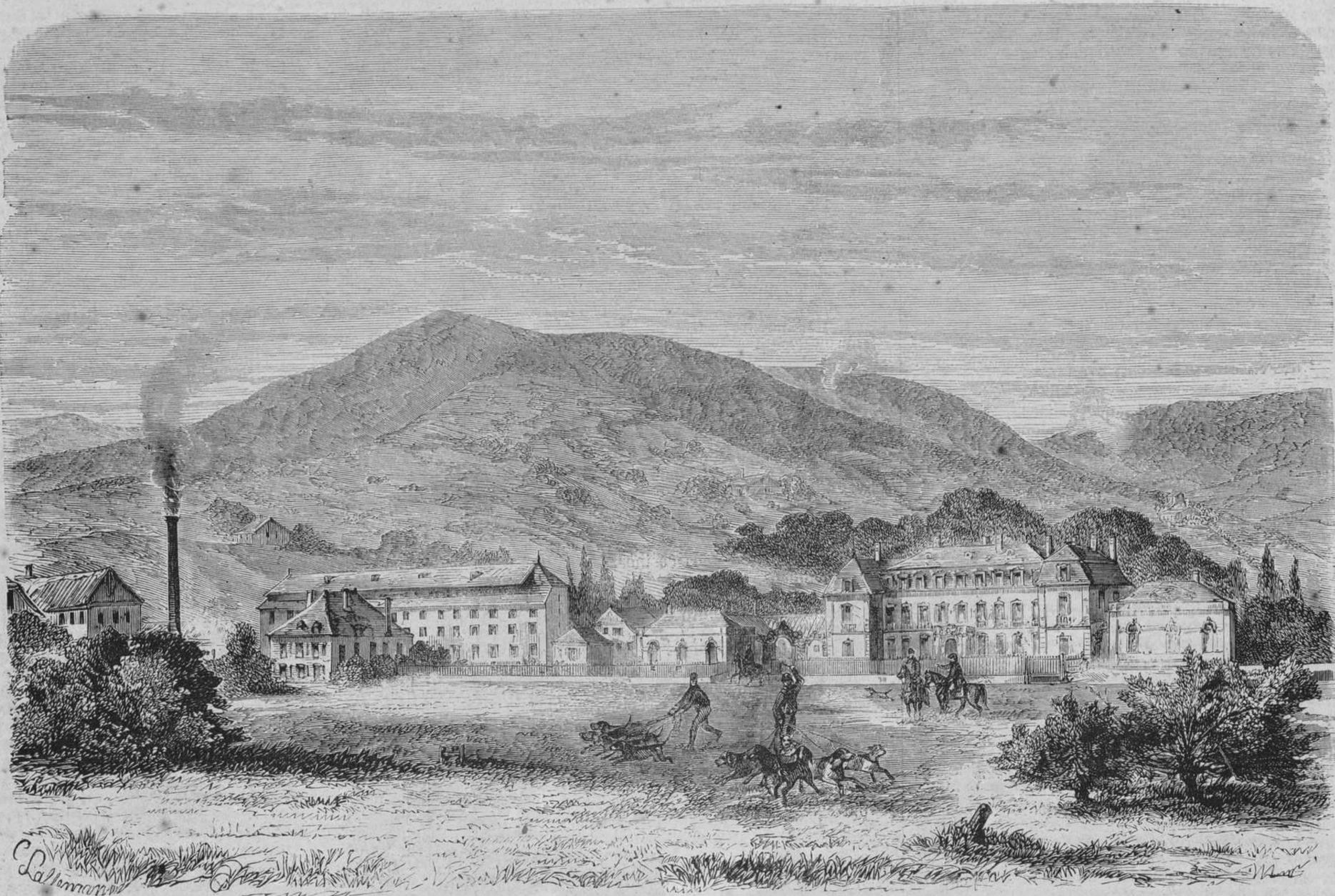
DE LA VIUDA J. T. GEHIN, EN SAULXURES (FRANCIA).

El valle de Saulxures, en el distrito de Remiremont, es uno de los mas hermosos y pintorescos que se pueden hallar en la cordillera de los Vosges. La populosa aldea que le da su nombre es cabeza de partido de un canton donde el movimiento industrial se ha acelerado de un modo prodigioso desde hace quince años.

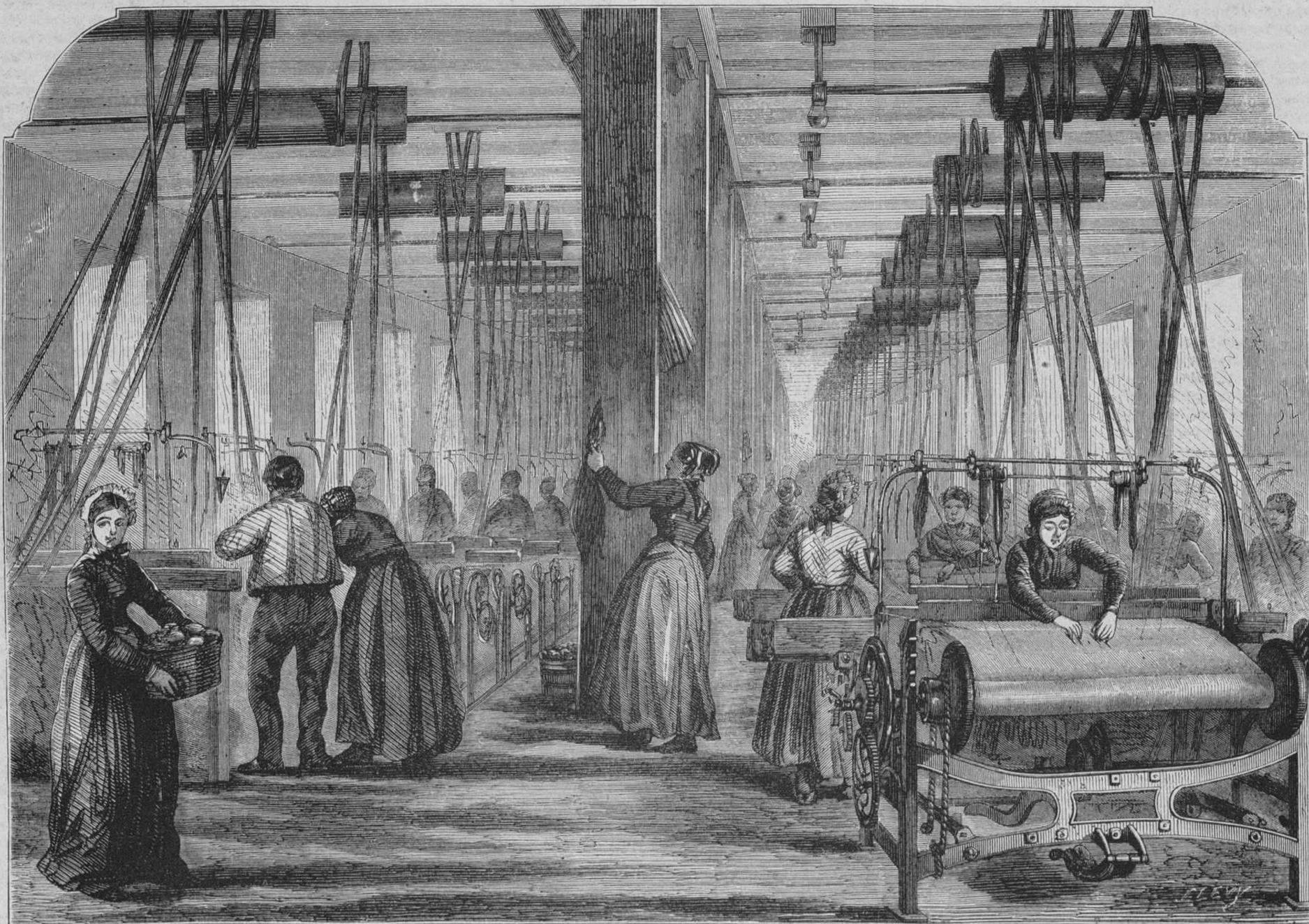
En 1825, toda la región montañosa del distrito de Remiremont no conocía en materia de industria mas que la fabricación de los quesos llamados de *Geromé* y la cedería. Además había diseminados por la montaña algunos telares que solían encontrarse en las quiescencias y las granjas mas aisladas; por manera que el tejido a mano, mientras ofrecía a los habitantes un precioso recurso para el invierno, iba formando obreros que despues debían trabajar con inteligencia en los talleres mecánicos.

En aquel año M. J. T. Gehin fundó en Saulxures la primera filatura que se ha visto en el distrito de Remiremont. Desde entonces la faz del país ha cambiado, la población ha crecido hasta mas del doble, y la riqueza y el bienestar han elegido domicilio en comarcas que la naturaleza parecía haber condenado para siempre a la pobreza. La industria algodónera ha multiplicado los establecimientos de filatura y de tejido en el canton de Saulxures. El Mosselette ha llegado a ser impotente para suministrar a esas fabricas la fuerza motriz que necesitan, y el vapor ha sido llamado en auxilio de las aguas del torrente. Vagney, Saulxures, Cornimont y Labresse forman hoy otros tantos centros industriales de primer orden.

Diríase que aquí la industria, la naturaleza y el arte luchan a porfía para crear maravillas. Los preciosos paisajes, las hondas gargantas, los valles muellemente extendidos ó las cuevas graníticas suspendidas sobre los abismos, sirven alternativamente de marco y de fondo a las grandes manufacturas llenas de muedumbre, de movimiento y de ruido.



Palacio y filatura de la viuda Gehin en Saulxures (Francia).



Taller de filatura de la viuda Gehin.

En lo tocante al arte, tiene una parte leonina en el palacio que acaba de edificar la viuda Gehin. Esta magnífica habitación corta por la mitad el valle de Saulxures. No haremos su descripción, pues esto nos apartaría demasiado de nuestro asunto; pero si señalaremos las partes más notables bajo el punto de vista artístico.

El palacio es de estilo Luis XV. Al penetrar en el patio de honor, se ven hermosas verjas de hierro procedentes de los talleres de MM. Desforges, Brochon y Festugiere.

Un pórtico ricamente esculpido nos introduce en un vestibulo donde los estucos más preciosos se confunden con el mármol. Pero detengámonos en el umbral, y echemos una mirada a las esculturas que se destacan del monumento con un vigor que atrae la vista. M. Clere, autor de este trabajo, ha hecho aquí una obra capital tanto por su magnitud como por la habilidad de la ejecución.

No hablaremos de los ornatos propiamente dichos que se ven en las puertas y en las ventanas, ni de las molduras de todo género: contemplando en seguida la fachada principal, admiramos sin reserva, entre tres frontones de vastas dimensiones, cuatro grandes cariatidas que sostienen un balcón. Estas cariatidas representan las cuatro estaciones, y han sido esculpidas en una soberbia piedra blanca que se halla en las inmediaciones de Plombières. El turista que recorra en el día las montañas de los Vosges, hará bien en detenerse delante del palacio de Saulxures para aplaudir la obra magistral de M. Clere.

En el interior del edificio el pintor F. Haffner ha desplegado todos los colores de su brillante paleta. Varios lienzos importantes, tres grandes techos y las paredes de un comedor constituyen una obra magnífica.

Uno de nuestros dibujos representa en su conjunto el palacio de Saulxures y las construcciones que le rodean, entre las cuales se ve una filatura importante.

Esto nos hace entrar de nuevo en nuestro asunto, que no abandonaremos sin consignar aquí que las manufacturas de la viuda Gehin no solo se distinguen por la cantidad y calidad de los productos, sino también por sus buenos operarios, por un aire de fiesta que excluye la idea de esos inconvenientes sociales que ciertos economistas han considerado sin razón como inherentes al régimen manufacturero. Las fabricas de la viuda Gehin atraviesan la crisis actual sin que el trabajo diario se entorpezca un minuto. Los operarios tienen seguro su salario íntegro. Es verdad que todos los establecimientos marchan como de costumbre en ese hermoso y próspero cantón de Saulxures.



Portada de la iglesia de San Clemente en Tours.

Portada de la iglesia de San Clemente EN TOURS.

Las provincias francesas comienzan a sentir la enfermedad que devora a París hace ya tanto tiempo; esto es, se trata de sacrificar en ellas el pasado al presente, lo bello a lo útil. No hay duda que de aquí pueden resultar ventajas, pero también, ¡cuántas pérdidas habrá para los amigos del arte y de las cosas pintorescas!

Tours posee aun un resto de arquitectura antigua, una iglesia del siglo XV, San Clemente, que es una verdadera obra maestra, mal conservada a la verdad, pues se ha pensado muy poco en preservarla de la injuria del tiempo, y así es que desde 1793 esta sirviendo de mercado de trigo. Sin embargo, a poca costa se la podría devolver su antiguo esplendor; pero desgraciadamente Tours necesita mercados; el puesto está designado ya, y San Clemente se halla a punto de desaparecer. ¡Qué pérdida que puede añadirse a tantas otras! Se ha suplicado al consejo municipal, pero este se ha hecho el sordo. No obstante, entre aquellos que le com-

ponen hay hombres de gusto que deberían atender al ruego general; si tuviesen valor para expresar su opinión categóricamente, opondrían su veto a un acto de vandalismo tan bárbaro, y quedaría en pie San Clemente, ese pobre monumento cuya portada y coro alto son dos maravillas dignas de eterna admiración.

P. P.

España en Londres.

CARTA PRIMERA.

(Tomamos de la Gaceta de Madrid las primeras cartas publicadas hasta hoy por un notable escritor enviado a Inglaterra por el gobierno, con el encargo de resumir en una serie de artículos el papel que España representa en ese gran concurso de

la industria y las artes de todas las naciones abierto hoy a la admiración del mundo.)

Tres cosas características del pueblo inglés van a servir de introducción a esta correspondencia: primera, que la apertura del gran certamen se verificó en 1º de mayo, cuando realmente no ha podido verificarse hasta 1º de junio; segunda, que debiendo abrirse a las miradas del pueblo el día 1º de junio las galerías del palacio, no se hizo esto hasta el 2, porque el 1º era domingo; y tercera, que el pueblo, impaciente y casi tumultuoso desde 1º de junio, reñó sus deseos y se decidió a esperar tranquilo el día que le designaron, gracias a la intervención de la prensa periódica. Estos tres extremos necesitan una breve explicación.

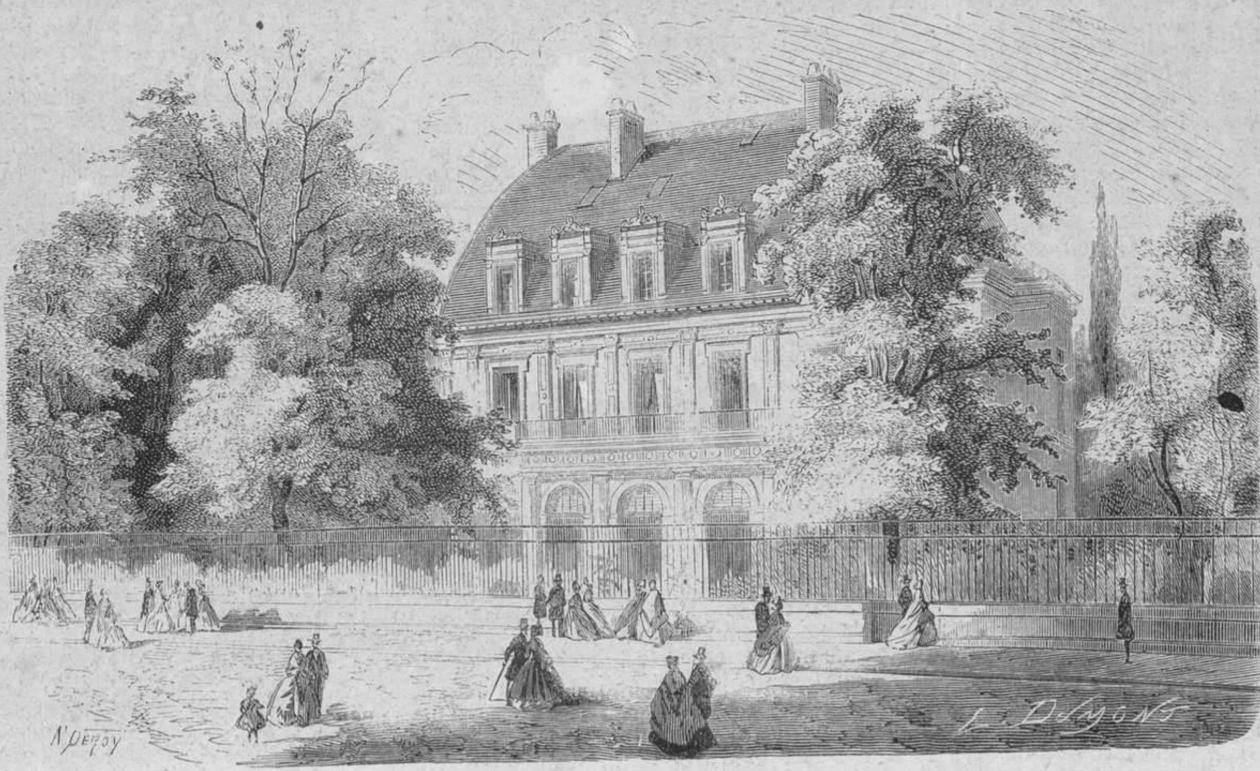
Todo el mundo sabe que desde hace años se viene anunciando para el de 1862 un certamen universal de la industria y del arte, que había de verificarse en Londres como consecuencia del celebrado en 1851; y todos saben también que la inesperada muerte del príncipe Alberto, iniciador de ambos concursos, y alma, digámoslo así, de su ejecución, hizo pensar que el último se suspendería, atendiendo, entre otras causas, al tristísimo estado en que quedaba la reina Victoria con la cruel pérdida de su esposo. Pero los que así creyeron no comprendían toda la extensión del dolor de la reina. Un alma menos dolorida habría pensado tranquilamente en la conveniencia de suspender la obra en que el ya difunto debía representar papel tan importante, y suspenderla con aprobación de todos por vía de duelo y luto nacional; mas el alma verdaderamente enamorada de la princesa, lejos de seguir el dictamen de la etiqueta social, y atenta solamente a los deseos y las palabras del cariñoso padre de sus hijos, recordó que este se negaba a diferir por más tiempo la apertura de una nueva exposición universal, y dió sus órdenes para que se verificase con arreglo al programa que él mismo había promovido y anunciado para 1862.

Cumplida así religiosamente una de las voluntades del príncipe, la reina quedaba en libertad de no asistir a los actos que debieron solemnizar juntos, de retirarse a sus posesiones de Escocia, donde no llegara el ruido de las fiestas, de cerrar su casa a las vistas del mundo para no ser interrumpida en sus santas oraciones: que mientras la bandera inglesa entrelazada a las de los demás pueblos del globo ondease bajo las cúpulas del palacio de la Industria, en justo cumplimiento de aquella respetable voluntad, unas armas de familia enlutadas permanecerían fijas en los balcones de otro palacio (costumbre de la aristocracia inglesa) demostrando que reconocían un mismo origen el orgullo del imperio y el duelo de la familia imperial.

Por esto se ha verificado en 1º de mayo de 1862 la apertura de la exposición universal. Pero las causas que quedan enunciadas produjeron cierta paralización en los preparativos, especialmente de las naciones extranjeras, las cuales, creyendo que se pensaba en una próroga, juzgando con demasiada gravedad el estado político del mundo, y sobre todo atentas a la crisis fabril de la Gran Bretaña, descuidaron, decíamos, la prepara-

ción y remisión de los objetos, en términos de que a fines de abril, y cuando las obras del palacio se estaban terminando a toda prisa, faltaban multitud de cajas que desembarcar, multitud de andenes que construir, y la mayor parte, si no toda la decoración de la galería que hacer.

Esto no obstante, la exposición había de abrirse el 1º de mayo, porque en estos países, desde donde escribimos, las órdenes que emanan de autoridad competente, se cumplen y ejecutan hasta el imposible; y a la manera que en 1855 el emperador Napoleón mandó que en el término de quince días se convirtiese el vasto erial que rodeaba al palacio de la Industria francesa en amenos jardines con saltadores de agua, estatuas y obeliscos, lo cual quedó realizado antes de espirar el plazo, así la reina Victoria, que en esto de poder ordenar imposibles no tiene por qué ceder al emperador su vecino, or-



La casa de Saïd bajá en Neuilly.

denó que las obras se concluyesen para la época fijada, y las obras se concluyeron, no sin dar el extraño é inconcebible espectáculo de estar colocados hierros y cristales en la techumbre, horadando el pavimento por mil partes diversas, introduciendo cañerías, alzando tiendas, rompiendo cajas, armando máquinas poderosas, colocando débiles objetos, haciendo escaleras y pórticos, pintando adornos é inscripciones, y todo al compás de orquesta y coros que ensayaban los himnos, de incesante martilleo en suelos, techos y paredes, de agudos silbidos escapados al vapor, de la grita inexplorable que millares de trabajadores producen para su mutua inteligencia; y entre contenedores de carros que llegan de todas partes, y existiendo al rededor edificios que se levantan, calles que se rompen, manzanas enteras, cuya configuración topográfica se varia para que armonice con el gran palacio; y por último, nueva Babel de madera y hierro, no elevada sobre sí propia, sino recostada en el inmenso espacio de un parque de Londres, dejando escapar entre aquella atmósfera de ruido las discordes palabras de cien idiomas, diferentes: ¡milagros! verdaderos milagros reservados á estas grandes naciones, en cuyo seno pululan tantos artistas, tantos trabajadores, tantas fabricas, tantos talleres, tanta actividad y riqueza tanta reunidas!

Ello es que la exposicion se abrió el día 1.º de mayo, sin poderse abrir, y que una de las disposiciones adoptadas para facilitar la terminacion de los trabajos pendientes fué encarecer el precio de entrada, alejando en consecuencia la multitud, pobre en todas partes, y quizá en ninguna tanto como en Inglaterra. Esta determinacion, sin embargo, produjo efectos alarmantes. El pueblo inglés está disgustado: la crisis fabril producida por la guerra de los Estados Unidos tiene á medio jornal á una gran porcion de los trabajadores; y como el pueblo cuando está disgustado toma por pretexto la primera cosa que se le viene á la mano para expresar su disgusto, tomó esta vez la carestia de la exposicion como un insulto hecho á su pobreza, y hasta llegó á amenazar con invadir violentamente el palacio si no se ponía á su alcance el medio legitimo de visitarlo. En otro pais que este se le ofrecian al gobierno tres medios de aplacar la excitacion de las masas: ó acceder á sus deseos, ó engañarlas con promesas falaces, ó apelar á la intimidacion por medio de la fuerza.

Ninguno de ellos fué el adoptado aquí: la prensa, que es en Inglaterra un poder que concede, un poder que engaña ó un poder que intimida, se encargó de hablar al pueblo el lenguaje de la verdad, y le dijo: — « Esta exposicion, que se realiza á despecho de la guerra de los Estados Unidos, á despecho de la crisis fabril que padece y á despecho de las complicaciones políticas de Europa, se ha hecho precisamente porque hay guerra en los Estados Unidos, porque hay crisis fabril en Inglaterra, porque hay complicaciones políticas en Europa: es decir, como un medio de impedir ese hambre que te amenaza, como un medio de sustituir á la actividad industrial, que no tiene suficiente exportacion, una actividad momentánea, pero abundante, que conjure tu miseria: se ha hecho pues, por tí y para tí. Pero los que han de proporcionarte ese raudal de plata que necesitas, son los ricos de dentro y fuera del imperio: ellos son los llamados, con pretexto de una exposicion universal, á distraer sus capitales en provecho tuyo; ellos tienen derecho á entrar delante, y tú el deber de mirarlos pasar sin inconvenientes y sin envidia. Cuando ellos hayan gozado del espectáculo que tanto dinero les cuesta y tanto dinero te ha de producir, entonces te se abrirán las puertas del palacio, que hasta entonces no es tiempo ni razon de que lo visites. » — Tal ha sido el lenguaje de la prensa de Londres, y creemos excusado manifestar que el pueblo lo comprendió y acató admirablemente. Treinta y dos dias mortales del mes de mayo ha esperado la multitud á que la modesta exigencia de cinco reales le permita visitar la maravilla levantada en el parque de Kensington. — ¡Dichoso el pueblo que así comprende su propia conveniencia!

Y hemos dicho que tuvo 32 dias el mes de mayo, porque el 1.º de junio era domingo, lo cual equivale en Inglaterra á decir que era un dia imputable al mes anterior para todo lo que pudiera principiarse el siguiente. El domingo, que los ingleses llaman *dia del sol*, sin duda para que adulando al astro se digne asomarse por algunos minutos por detrás de la cortina que oculta su gran ventana, es un dia destinado en estas islas á rezar, visitar los muertos ó quedarse en casa. Si alguna vez el sol se deja columbrar como una oblea en el turbio horizonte, durante ese domingo tan deseado por todos los que trabajan como abominable para holgazanes y extranjeros, puede contemplar á su buen pueblo de Londres la mitad esparcida en el campo, la otra mitad en el retiro de su casa ó de su iglesia. Ni teatros, ni conciertos, ni bailes, ni paseos públicos, ni correos, ni telégrafos, ni nada. Las fraguas apagan sus chimeneas, los martillos dejan de atormentar sus yunques, el agua que ha de convertirse en vapor permanece fria, las tiendas tienen sus armarios cerrados, el panadero no cuece pan, el sirviente no desempeña las comisiones de su señor. Solo se hallan en su puesto los cocheros, los fondistas y la policia. ¡Severísimo espectáculo, aun menos grave en Londres que en otras ciudades de la Gran Bretaña por los 200,000 forasteros que salen á contemplarlo!

Hemos dicho que se aguardaba con impaciencia el 1.º de junio para dar entrada al pueblo en el palacio de la exposicion, y sin embargo es tal la observancia del domingo, que ni para esta sencilla y necesaria condescendencia pudo quebrantarse la clausura. ¡Qué mas, si

nosotros fuimos casi arrojados de un sarao particular minutos antes de las doce de la noche anterior para que no pisáramos con planta alegre la primera hora del dia sagrado! Preciso es confesar que los ingleses no se parecen á ningun pueblo moderno en la observancia de sus prácticas religiosas: ya tendremos ocasion de hacerlo patente en lugares oportunos, bastando por ahora consignar el dato que nos ocurre.

La exposicion se abrió pues en perfecto estado de visualidad, y los espíritus observadores, así como los indiferentes y vulgares, pudieron penetrar á contemplarla. Nosotros entramos tambien, y la recorrimos toda: ¿cuál ha sido la impresion que nos produjo? ¿Qué es, verdaderamente hablando, la exposicion universal de Londres en 1862? ¿Qué papel representa en ella nuestra España?

Hé aquí la principal materia de estas sencillas cartas que comienzan hoy. Pero si para asuntos menos complicados se acostumbra á adelantar lo que hoy se llama *profesion de fe*, permitásenos una especie de programa á guisa de prólogo ó advertencia.

España no nos ha mandado á Londres para que compongamos una fabula: tampoco nos ha mandado para que consignemos la verdad. La verdad absoluta, en materias tan vastas como las que corresponden á una exposicion universal de la industria y el arte, solo pueden percibirla y expresarla los sabios. Sabios tiene España en Londres que cumplirán á maravilla este encargo. En cuanto á nosotros, pobre observador volandero, con nociones superficiales de muchas cosas, y sin profundidad ni verdadera ciencia en ninguna, representáremos á lo mas el papel de ese vulgo ilustrado que mira los objetos con algo de sentido comun, aun cuando ignore los fundamentos en que apoya las doctrinas que de ellos deduce. Alguna ventaja, sin embargo, sacará el lector de esta ignorancia nuestra. Desnudo nuestro relato de pretensiones científicas é irresponsables en punto á declaracion oficial, nos hallamos en el caso de poder decir lo que se nos antoje, lo que consideremos justo y conveniente, sin que por ello se prejuzgue cuestion alguna ni se comprometan intereses muy respetables.

Nuestro fallo será á lo sumo un fallo en primera instancia que la audiencia y el tribunal supremo podrán rectificar en su dia. Otra ventaja ofreceremos al lector: la amenidad compatible con nuestro esceso ingenio. Como estas cartas no son una memoria, bien podemos escribirlas sin corbata blanca y al alcance del regocijo público. Nuestro objeto es hablar de todo bajo el punto de vista de un español que ha ido á Londres y cuenta lo que ve á los españoles que se quedaron. — ¿Nos sucederá en alguna ocasion lo que á aquel viajero francés, que despues de informarse sobre los palos colocados en la calle Mayor de Madrid para la procesion del Corpus, escribió que los espárragos de España, cuando secos, tenían cuatro varas y media de largo por tres cuartas de circunferencia?

Si tal sucede, será contra nuestra voluntad.

CARTA SEGUNDA.

Se ha dicho tanto y de tantas maneras que es feo el palacio de la Exposicion de Londres, que casi parece bello al que lo contempla de improviso despues de informes tan desfavorables. Cualquiera creeria que el ingeniero constructor ha comprado á sus detractores para que la acritud y destemplanza de la crítica atenuen los verdaderos defectos de la obra. El palacio no es ciertamente un Parthenon ni un templo de Diana; pero antes de tratarlo del modo que se hace, convendria discutir si el templo de Diana y el Parthenon, como la catedral de Burgos y el acueducto de Segovia, son los tipos que deben tenerse presentes al construir un edificio destinado á exponer en un solo golpe de vista los productos de la industria del siglo XIX. Sin esta discusion previa, todo cuanto se diga es ocioso, y hasta podríamos añadir, ocasionado á recordar la célebre critica de los ángulos del patio *Redondo* de Granada, hecha por el soldado á quien Carlos V hubiera mandado ahorcar si la ingénuo declaracion de que *ángulo*, según el pobre murmurador, era meterse en lo que uno no entiende.

Lejos de nosotros la vanidad de entender mucho en cuestiones tan controvertibles y controvertidas como las del buen gusto artistico, especialmente por lo que toca á la arquitectura; mas no se nos niegue el derecho de sentar que si un edificio es tanto mas bueno cuanto con mas exactitud corresponde al objeto á que se destina, el palacio construido en 1862, no solo no es malo por fuera, sino que es irreprochable en su interior. Tratemos de ponernos acordes con los críticos.

Viene diciéndose hace muchos años que el siglo actual carece de arquitectura propia; muchos hombres competentes y doctos lo dicen todavía: Napoleón á principios del siglo y Guillermo de Baviera á mediados, ofrecen cuantiosas sumas al autor de un nuevo estilo; los arquitectos se rompen la cabeza persiguiendo la fórmula, y ¡cosa singular! los arquitectos viajaban sobre la fórmula misma sin verla; los arquitectos, metidos en un coche meditando en la linea griega, en el pingote gótico, en la cúpula bizantina, en el arco romano, olvidaban que su coche de seis ruedas, deslizándose por dos barras de hierro y atravesando montañas, saltando abismos, vadeando brazos de mar, era precisamente la fórmula de la arquitectura del siglo XIX, fórmula rudimentalmente expresada ya en la estacion de donde

habian salido y en los almacenes de mercancías que iban á encontrarse al término del viaje; fórmula originalísima y bella, tan notable ó acaso mas que las de otros siglos privilegiados; fórmula iniciada, no por la meditacion de los hombres, sino por la conveniencia y la necesidad, que han sido siempre las iniciadoras de todos los estilos arquitectónicos del mundo; fórmula, en fin, no desarrollada aun en sus últimas manifestaciones; porque el siglo es joven todavía, pero que ya tiene su clave y casi diríamos su esencial y magnífica expresion histórica en el palacio que Paxton construyó en 1851 para la primera exposicion de Londres. Colocados delante de la maravilla de cristal y hierro que hoy se ostenta en el pueblo de Sydenham, y decididos si el siglo XIX carece de arquitectura. No nos preguntemos cómo habrán de ser los palacios y los templos y las casas que se construyan con arreglo á esa arquitectura: esto equivaldria á pedirnos anticipadamente el guarismo resultante de una ecuacion no planteada. Lo unico que podemos decir es que bajo las cúpulas del palacio de la exposicion de 1862 hemos vislumbrado nosotros la catedral de Madrid: ¡piadoso y nobilísimo sueño que tantas veces nos ha hecho sonreir cuando escuchábamos discutirlo con seriedad! Poned debajo de aquellas cúpulas á un artista, y él os dirá, si no hoy, mañana, cómo han de hacerse los templos, cómo las casas, cómo los palacios del siglo presente. Ello es que en el palacio de Sydenham hay una arquitectura como la hubo en la Alhambra de Granada, como la hubo en la catedral de Paris.

Acabamos de confundir los palacios de ambas exposiciones inglesas, porque el de Fawkes es hijo legitimo del de Paxton. A Fawkes le han dicho: « Haznos un palacio para el mismo objeto del de 1851, pero que se diferencie bastante de aquel, porque la nueva exposicion ha de ser una novedad, y el edificio debe ser diferente; dale condiciones de permanencia al abrigo de las intemperies y de los años; aumenta en una tercera parte su extension; considéralo como parte integrante del parque en que se construye, para que parque y palacio armonicen en el mapa de Londres; rebajale en grandes sumas su precio proporcional como si ya no fuera maravilla sino obra soportable por los particulares que la emprenden; deduce, en una palabra, las premisas de Paxton hasta el límite de la construccion usual y beneficiosa, que con eso va á ganar la arquitectura moderna, aun cuando tú pudieras equivocarte. » Y el capitán de ingenieros que ya habia estudiado el palacio de Cristal, y su hijo segundo el palacio de la Industria de Paris, acomete un nuevo ensayo, mas ó menos bello por fuera, pero atrevido, gigantesco, inspirado, y en el cual han tenido que resolverse grandes cuestiones de construccion, de armonia y de belleza, que servirán, á no dudarlo, de libro experimental para construccion sucesivas.

El nuevo palacio pues es una obra digna de mas respeto que el que hasta hoy se le tiene; es menos feo de lo que dicen, y es más útil de lo que creen. El tiempo resolverá.

Nosotros, á lo menos, cuando al entrar en la gran nave del centro, limitada por las dos galerías extremas, en cuyas intersecciones se elevan las dos grandes cúpulas que caracterizan al exterior el edificio, hemos visto arrancar aquella ligera y airosa armadura que deja entre sus atrevidos arcos el mayor espacio cubierto que se conoce en el mundo, no hemos podido menos de aplaudir la ejecucion de una obra que sin innovaciones empiricas ni milagros de arte, que ciertamente no se repiten cada diez años, cumple el objeto á que se destina con beneplacito de los ojos y no poca admiracion del entendimiento.

Porque cuidado que la gran nave central va á contener en perfecto equilibrio de armonia la reunion de objetos mas caprichosa, variada y rica que las naciones todas presentan en mutua y noble competencia: cuidado que se trata de un salon cuyos adornos son las obras mas preciadas que cada pais ha fabricado en el trascurso de diez años, apelando á las últimas especulaciones de su industria; y cuando tales y tantas cosas van á exponerse, necesario es convenir en que el espacio donde se exponen no carece de mérito, si consigue formar un conjunto tan armonioso, tan bello y sorprendente como el que presenta á la vista del espectador la nave principal del edificio.

Procuramos nosotros reunir nuestras impresiones del primer dia para ver de transmitir las, siquiera sea imperfectamente, á aquellos que no han podido experimentarlas.

Habilísimamente colocado debajo de la primera cúpula del palacio hay un templete de regular altura, que paralelo al del lado contrario, domina y pone bajo un solo golpe de vista tres cuartas partes, por lo menos, de toda la extension que va á recorrerse. Cuando el espectador se ha separado del bullicio incómodo que rodea la entrada; cuando acaba de abandonar unas calles llenas de fango, un sol nebuloso, una atmósfera cargada de humo y el ruido molesto de la confluencia de gentes y carruajes que envía hacia un objeto dado el pueblo que cuenta con tres millones de habitantes; cuando el espectador ha dejado, en fin, á Londres á la espalda y se coloca sobre la plataforma de la primera cúpula, una sensacion de asombro y alegria embarga su ánimo, como si convertido á los albores de la niñez, se asomase por vez primera á los cristales de una linterna mágica. Asombro alegre, si, porque no es el asombro que causa, por ejemplo, la vista del sepulcro de Napoleón, el cual es un asombro reflexivo; ni el asombro que produce la llanura de Epsom durante las carreras de caballos del

Derby, con sus quinientas mil cabezas que giran gritando al compás de las inflexiones de la cabalgata, el cual es un asombro desvanecedor; ni el asombro de un incendio, que es un asombro horrible; ni el asombro del mar, que es un asombro infinito: no; es el asombro de la múltiple belleza; la suma de las cien sensaciones de placer que produciría en cien instantes diversos la vista de cien jardines diferentes; es el asombro de la ilusión pintada, de la alegría vestida de limpio.

Porque la techumbre de cristal que tiene el privilegio de dar a la luz un tinte de primavera, y la alfombra de 20,000 figuras humanas, pues una alfombra y nada más parece el concurso desde la altura; y los arcos de filigrana de hierro, de donde penden banderolas, trofeos, armas y escudos de mil colores que matiza el oro, y el ruido jugueton de los chorros de agua que arrojan las fuentes monumentales, y las severas melodías de los órganos, mezcladas con los acordes de un sencillo piano, con el tañido de campanas sonoras, con el lamento del harmonium ó la voz cantante de la trompeta, ecos todos repartidos en un espacio suficientemente extenso para no producir desacorde conjunto, sino grupos distintos de armónicas confusiones, y el aroma formado por un millón de objetos que no huelen, objetos á quienes rodean macetas de verdura y á quienes baña la atmósfera olorosa del extenso parque donde reside la mayor exposición de flores que se ha visto jamás, esta aglomeración de tonos artísticos para la vista, cadenciosos para el oído, agradables para la respiración, embriagadores para el ánimo, envuelve en apinado panorama todas las tiendas, todos los obeliscos, todas las estatuas, todas las obras, en fin, que bajo las banderas de los pueblos civilizados parece como que se empujan para ocultar y sobreponerse á las otras en la gran lucha inmóvil de los productos de la inteligencia humana, que de golpe y como por eneano se presenta á la vista del espectador atónito y confundido. ¡Admirable momento en que lo más pequeño de todo es el que mira, y lo único grande el nombre de Dios inscrito en caracteres de oro sobre la cinta de la cúpula.

Pasadas las primeras impresiones, el viajero se halla en el caso de reflexionar; porque como es muy posible que venga de recorrer la Torre de Londres, esa antiquísima fortaleza que en el espacio de siete siglos ha presenciado tan sangrientos é interesantes dramas; edificio también de extraña forma como resto de la arquitectura de los normandos, convertido hoy asimismo en exposición pública: pero exposición del calabozo donde fueron asesinados los hijos de Eduardo; exposición de la torre en que estuvo presa la reina Isabel, de la en que perecieron la condesa de Salisbury, Eduardo Seymour y el famoso conde de Essex, cuya cuchilla de muerte se puede tener en la mano; exposición del tajo sobre que doblaron la cabeza Ana Bolena, Catalina Howard, Juana Grey y tantas otras víctimas del execrable Enrique VIII, cuyo aposento ó palco para presenciar el degüello de sus mujeres y servidores puede contemplarse; cuando el viajero, decíamos, pasó del palacio de piedra, en cuyos gruesos muros se conservan las alegorías de muerte esculpadas en la roca por tantos infelices que permanecían en capilla años enteros; tocado por sí mismo los instrumentos de suplicio; espantado delante de la máscara de hierro con anteojos que el bufón del tirano se ponía para burlarse de sus víctimas; horrorizándose al contacto de tales y tantos recuerdos históricos; cuando pasa al otro palacio de cristal, moderna fortaleza de la inteligencia donde las artes de la paz y de la libertad humana se exponen á la contemplación de un pueblo gobernado por leyes, garantido por la fuerza de la justicia, auxiliado y premiado por la autoridad de la ciencia, firme en su derecho mientras le asista la razón, y abiertos sus brazos para recibir á todas las naciones de la tierra; cuando en esto se reflexiona no puede menos el observador, siquiera pertenezca al número de los pesimistas y declamadores, que sentirse harto dichoso de vivir en la edad que patentiza los visibles progresos del espíritu humano. Estas fueron, á lo menos, nuestras reflexiones durante los momentos que permanecemos en la plataforma de entrada del palacio de Kensington.

Ahora bien: ¿habremos de decir lo que en semejante ocasión contemplaron nuestros ojos? — Ni podríamos hacerlo, ni diríamos la verdad si tal hiciéramos. Nosotros no vimos nada; no se ve nada cuando todas las naciones del mundo se ponen delante de nuestros ojos. La Gran Bretaña primero, Francia despues, España más tarde, y Portugal, Italia, Prusia, Austria, Rusia, Alemania, Turquía ocupando la gran nave, al rededor de la cual América, Asia, la India, el Japon, la Australia y la Zelandia, los pequeños pueblos como los grandes, los próximos como los remotos, los más adelantados como los más virgenes, todos á porfía ostentan en abundante número y caprichosa combinación los productos de su tierra ó de su taller, de sus brazos ó de sus máquinas. ¿A dónde dirigir la atención primero? ¿Qué ramo, qué industria, qué país se visitará antes que los otros? Hé ahí lo que no podemos decir de los demás, pero sí de nosotros mismos. Nuestras miradas se fijaron sin premeditación en España: á España fuimos, de España nos ocupamos preferentemente, y lo que de España en Londres observamos en el primer momento servirá de materia á la próxima carta.

(Se continuará.)

A una violeta.

Hay una flor en el prado
Entre las flores hermosa,
Como bella pudorosa,
De perfume encantador.

Flor modesta, que ignorada
Pretende pasar su vida
En las hojas escondida
De su verde pabellón.

No tiene ostentosas galas
Ni deslumbrantes colores
Como las pintadas flores
Que embellecen el pensil.

Pobre, modesta y sencilla,
Está como avergonzada
De mirarse acariciada
Por el céfiro sutil.

Escondida entre sus hojas
Que apoyo la dan y sombra,
Teme si el viento la nombra
Que la deshoje traidor.

Pero es tanta su ternura
Y tanta guarda en su seno,
Que tiene el ambiente lleno
De un aroma embriagador.

Velada por su modestia
La pobre flor pudorosa
No siente á la mariposa
Cercarla con giros mil,

Ni los céfiro lascivos
La mecen raudos pasando,
Ni el arroyo susurrando
Besa su tallo gentil.

Así pasa tu existencia
Entre otras flores queridas,
Porque guardas escondida
Tu belleza y tu candor.

Flor modesta, flor amada,
Tal vez tu ser y tu esencia
Han debido su existencia
A una lágrima de amor.

A una lágrima vertida
Por un corazón amante
Que ocultaba vacilante
Su amoroso frenesí,

Porque el amor verdadero
Que dentro el alma ha nacido,
En ella vive escondido
Y debe morir allí.

Ese es el amor del alma,
Amor, que cual tu perfume
A tí, y al cuerpo consume
En donde guardado está:

Amor y aroma, que en tanto
Van exhalando su esencia,
Ven su terrena existencia
Que marchitándose va.

¡Pobre flor! ¡Amor del alma!
Si del mundo burla necia
Os escarnece ó desprecia,
Dejadle en su vanidad.

Sin comprenderos el mundo
Vive del amor burlando,
En tanto vivís gozando
Del amor la inmensidad.

Que si tú, flor delicada,
Te marchitas presurosa,
Convertida en mariposa
Cruzas el aire veloz;

Y el fiel alma que moría
Sedienta de amor profundo,
Rompe el cuerpo, deja el mundo,
Y abisma su ser en Dios.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Transformación de las modas masculinas. — Los elegantes en el Hipódromo. — Las carreras de caballos de Fontainebleau. — Rasgo de bondad y de delicadeza de la emperatriz Eugenia. — Un mágico en Fontainebleau. — El Milagro de las rosas. — El retrato del príncipe imperial. — Ausencia de novedades en las modas masculinas. — El panamá destronado. — Sombreros á la orden del día. — Trajes de entre-tiempo. — Descripción del figurín de este número que representa vestidos de verano.

Las modas masculinas han sufrido una transformación de elegancia. La mayor parte de los vestidos se hacen para campo, y los mozalbetes han adoptado el amarillo lo mismo que las reinas de la moda. El sábado último, en el Hipódromo, en la primera representación de la *Torre de Malakoff*, he podido admirar algunos de esos señoritos, que dándose mucho tono é importancia, se imaginan cautivar el corazón de las hermosas.

No está por demás decir que si casi todos los hombres se burlan de nuestras crinolinas, de nuestros sombreros en forma de obeliscos y de nuestros vestidos de colas, nosotras podemos reírnos también de sus jaquetas de mangas exageradas, de sus corbatas cerradas á la altura del cuello-argolla, de sus bigotes estirados y en punta como las flechas de Cupido, y sobre todo de sus pretensiones conquistadoras. ¡Qué ademanes y qué actitudes! Ni los héroes de Sebastopol se muestran en la arena más orgullosos.

Los jóvenes se pasean hoy delante de las señoras como diciéndolas:

— Miradnos y elegid. ¡Ved cuán hermosos somos!

La antigua galantería se halla tan lejos de nuestras costumbres actuales, que hay motivos para preguntarse si hubo jamás hombres amables, respetuosos y finos, capaces de morir por la *dama de sus pensamientos* antes que comprometerla.

Las últimas fiestas de la elegancia han sido las carreras de caballos en Fontainebleau y en la Marche. En las primeras ha habido una desgracia, un capitán de cazadores de la guardia se cayó del caballo hiriéndose gravemente.

Al volver al palacio, el coche de la emperatriz se encontró con la camilla del oficial, que los soldados llevaban al paso.

La emperatriz hizo detener su carruaje, y mandó que no se adelantara al lecho de dolor del pobre herido.

Ya que estoy en Fontainebleau, diré dos palabras de una función de magia dada por Pablo Chenu en presencia de la corte.

Pablo Chenu no es un mágico como Bosco, Hamilton, Brunet ó Gaston, sino que es un hombre de mundo que se disputan los principales salones parisienses.

El emperador le recibió con benevolencia, y le preguntó qué necesitaba para hacer sus juegos.

Pablo Chenu pidió únicamente una mesa sin tapete.

Principió por hacer, en honor de la emperatriz, el Milagro de las flores.

Su Majestad eligió una flor del ramillete que la presentó: era una rosa. Al punto la emperatriz se vió rodeada de rosas que fueron ofrecidas á las señoras que componían la asamblea.

Después tomó una baraja y pidió al emperador pensara una carta, en tanto que la princesa de Metternich sacaba otra del mismo juego.

La princesa tenía en la mano la misma que el emperador había pensado.

— Señor, le dijo entonces el mágico, os suplico tomeis esta carta en la mano, y me permitais emitir el voto de que en ella venga á pintarse un retrato gracioso y amado, el del príncipe imperial.

El emperador volvió la carta y se sonrió: efectivamente, tenía á la vista el retrato de su hijo.

Yo estoy hablando de fiestas en la corte en vez de hablar de modas. Pero es la historia de siempre; tengo poquísimo que decir en punto á fracs, jaquetas y pantalones.

¿Qué he de decir cuando veo los mismos trajes de dril, de piqué y de alpaga?

En mi última revista di mi opinión sobre lo que valían; únicamente dejé de hablar del sombrero, y hoy voy á llenar ese vacío.

Ya no se llevan más sombreros de Panamá, despues de haber estado tan en boga.

La paja de fantasía blanca y negra ó gris y negra, y el fieltro gris, están hoy á la moda para traje de estío.

Como el verano actual más que verano parece otoño, y las mañanas y las noches son bastante frescas, se reemplaza el vestido de hilo con un paletó de paño de fantasía mezclilla gris ó azul.

El azul es el color favorito.

Con ese paletó azul se lleva un pantalon de cuadros color gris, bastante ancho, y un chaleco de hilo cerrado en toda su altura.

Solo me falta hacer la descripción de nuestro figurín que representa trajes de la temporada.

En primera línea aparece un joven de treinta á treinta y cinco años, con un vestido elegante, aunque muy sencillo.

Su levita es de pañete negro tan flexible y sedoso como el merino.

Esta levita está cortada derecha sobre el delantero para cerrar con una sola hilera de botones. A veces no lleva mas que un boton en lo último de las solapas. Por detrás dibuja el talle, y es bastante corta de faldones. Casi siempre se forran estos de orleans inglés ó de tela de seda.

El chaleco y el pantalon son de dril rayado.

El chaleco está cortado muy largo y lleva un pequeño chal redondo.

La corbata es un pañuelo de la China negro y amarillo.

El pantalon no es ni ancho ni estrecho, lo que es infinitamente mas cómodo para campo.

El sombrero de paja gris perla lleva por adorno un terciopelo negro.

Guantes de Sajonia con dos botones, lo que hace una novedad en las modas masculinas.

Despues tenemos un traje mas serio, que recomendamos particularmente á nuestros lectores para los modelos de otoño, que seguramente no se apartarán mucho del ejemplo.

Compónese de una levita negra que en su corte y su aire se asemeja mucho á la del traje anterior, pues el gusto del día, que ha salido de las jaquetas, se encierra casi exclusivamente en lo que se conoce por levita derecha, ó mejor dicho, por levita con una hilera de botones.

Aquí el chaleco y el pantalon son de lana (entretiempo); el chaleco es de casimir gris perla, liso, ribeteado con un estrecho galon de seda negro en los bordes; se abotona alto y no lleva cuello.

El pantalon de cuadritos gris mezclilla es ancho y derecho sobre el pié.

— El *turista*, segun Bescherelle, es un viajero que recorre los paises extranjeros solo por curiosidad y por distraer sus ocios, ó que da una vuelta mas ó menos á menudo por paises en donde habitan ordinariamente conocidos y compatriotas. Pero á esta definicion de un personaje de todos los tiempos, de todas las estaciones y aun de todos los paises, pues lo mismo hay turistas en Francia que en Alemania, si bien los hay sobre todo en Inglaterra; á esa definicion, decimos, falta añadir que el turista, tanto por gusto como por costumbre, es esencialmente caprichoso en su vestir, y le gusta tener una libertad completa de movimientos, aunque nunca pierda de vista



Montanelli, diputado del Parlamento italiano.

decoro que es la señal distintiva del hombre de buena sociedad.

Hé aquí su verdadero tipo figurado en el tercer personaje.

Su traje se compone de tres piezas principales hechas con dos telas no mas.

La jaqueta, cuyo corte no puede ser mas cómodo, es de orleans de grano grueso. Es una prenda derecha y sin solapas, en la cual, por la naturaleza misma del tejido que se deshilacha mucho, se han suprimido las costuras, sin caer por esto en el género saco; es decir, que va ajustada ligeramente por detrás mediante el talle de espalda y un embebido colocado bajo los brazos.

Estas prendas no se forran en el interior; se cubren las costuras ya con una banda de seda al sesgo, ya replegándolas hácia adentro.

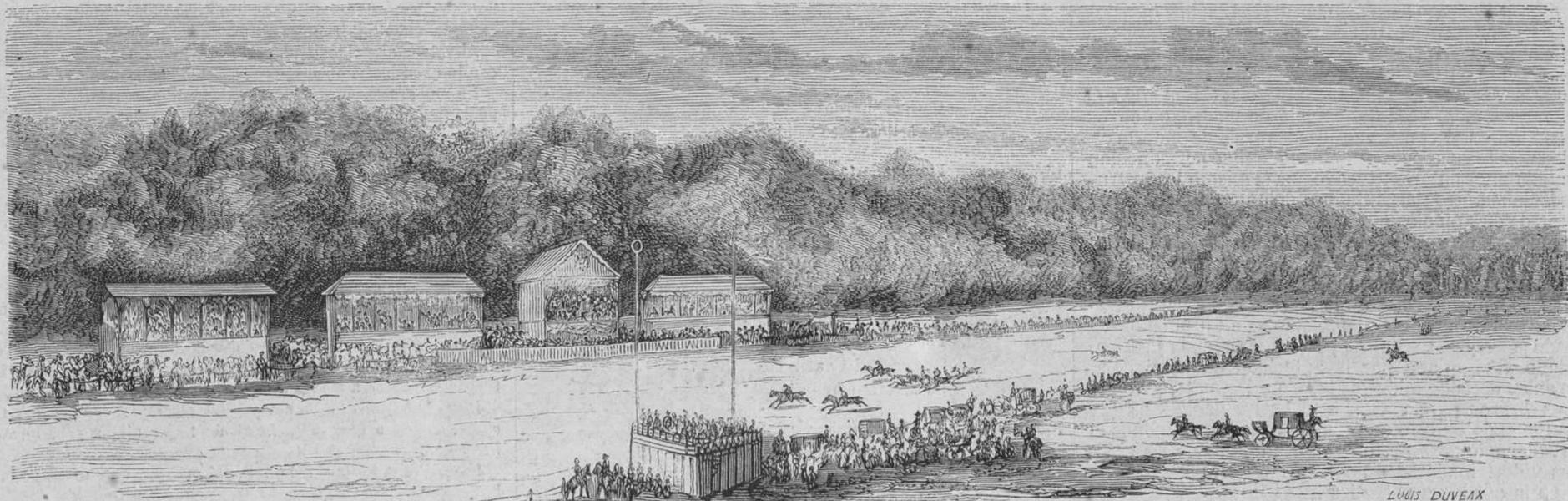
Chaleco y pantalon de dril blanco; el chaleco le cierran ocho botones y no lleva cuello; el pantalon es ancho y cae sobre el pié naturalmente.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Montanelli.

José Montanelli, que acaba de morir á la edad de cuarenta y nueve años, se dió á conocer en el mundo de las letras con un tomo de poesias que obtuvieron un éxito satisfactorio, y luego se hizo abogado, y practicó con tanta aceptación, que fue llamado á la universidad de Pisa, donde desempeñó la cátedra de derecho comercial y de derecho toscano.

En 1848 Montanelli ingresó en las filas de los soldados de la independenciam; corrió á la Lombardia y combatió en Curtatone en medio de los estudiantes que formaban la legion universitaria, saliendo herido de un balazo en el pecho. Prisionero de los austriacos, fué libertado por la capitulacion de Milan, y de vuelta en Toscana, el gran duque le encargó la formacion de un ministerio. Montanelli fué despues triunviro de Toscana en union con Guerrazi y Mazzoni; pero habiendo sobrevenido mas tarde la



El nuevo campo de carreras en Fontainebleau.

reaccion, se retiró á Francia, donde vivió en el destierro hasta el momento de la guerra de Italia, en la que sirvió como simple voluntario entre los soldados de Garibaldi. Montanelli era diputado del Parlamento italiano.

P. P.

Las carreras de caballos

EN FONTAINEBLEAU.

Ya saben nuestros lectores que el 22 de junio último se ha inaugurado solemnemente un nuevo campo de carreras en uno de los sitios mas pintorescos del inmenso bosque de Fontainebleau. Hoy damos el dibujo de este hipódromo que acompañaremos con breves detalles sobre aquella funcion hipica.

El programa señalaba a la vez luchas entre caballos de raza pura montados por gentlemen y jockeys, y carreras para los oficiales de las guarniciones de Melun y Fontainebleau, montados en sus caballos de armas.

Los jockeys salieron airosos allí como en todas partes, sin que les molestara la innovacion, que consiste en hacerles correr de derecha á izquierda, en lugar de izquierda á derecha, como ha sucedido hasta el dia en todos los hipódromos de Francia. A mayor abundamiento, bueno será advertir que la pista de Fontainebleau

tiene una ventaja preciosa sobre otras muchas: el último recodo se halla muy distante del blanco, lo que permite que los caballos hagan sus postreros esfuerzos en linea recta, sin que les incomoden sus rivales.

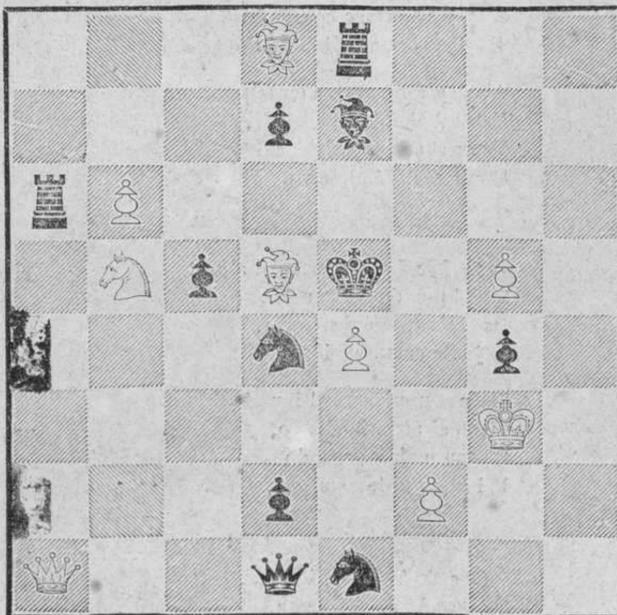
En cuanto á las carreras de los oficiales, no han salido tan bien como era de esperar. No se puede exigir de un caballo no enseñado, ni de un jinete no acostumbrado á ese género de equitacion, que corran 1,800 metros tan regularmente como puede hacerlo un jockey; esta distancia, que es corta para los verdaderos caballos de carrera, es demasiado larga, no quiza para los caballos de armas, sino para los jinetes, que arrancando siempre a escape, agotan sus fuerzas a los 1,000 metros.

El vencedor de la primera carrera fué M. de Trevelec, teniente de lanceros de la guardia; y la segunda fué ganada por M. de Bertoutt, subteniente del mismo cuerpo. Con sentimiento hemos sabido que el capitán Males, que montaba un caballo arabe, se rompió una pierna al saltar la primera valla.

H. G.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NUM. 18, POR R. B. WORMALD.



Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

(1) Solucion del número 17.

- 1 C 2ª R
- 2 T casilla del C
- 3 T casilla del R
- 4 C 4ª Rª jaq. descub. mate.